

Pilar y Bernat

MANUEL YUDOVICH BURAK



Pilar y Bernat

© Manuel Yudovich Burak, 2025

© Edición y desarrollo de portada:
Everardo Monteagudo Gtz.

Primera edición: 2023

Segunda edición: febrero 2025

D. R. © Manuel Yudovich Burak

D. R. © por el diseño de portada

Prohibida la reproducción total o parcial
sin autorización por escrito del autor.

Impreso en México / Printed in México

Pilar y Bernat



La Guerra Civil se desató en España el 17 y 18 de julio de 1936, cuando fracasaron los intentos de un golpe de estado contra el Gobierno de la Segunda República. Las fuerzas rebeldes rompieron el bloqueo del Estrecho Mediterráneo, gracias a un puente aéreo establecido con la rápida colaboración de la Alemania Nazi y de la Italia Fascista, que trasladaron tropas a la Península. Tras el estallido de la Guerra Civil, el apoyo del Papa Pío XII al bando franquista fue considerado muy tibio, tanto por el régimen de Burgos como por los fieles, el clero y la jerarquía católica española. Isidro Gomá, primado de Toledo, se convirtió en mediador entre Franco y el Vaticano. Las presiones de Mussolini y los acontecimientos en el frente y la retaguardia llevaron al pontífice a inclinarse por los sublevados a partir de diciembre de 1936. La insistente presión del cardenal logró el reconocimiento diplomático con el Vaticano y el Papa Pío XII. Cuando estalló la guerra civil en España, Francia estaba gobernada por León Blum, un hombre de izquierdas que había ganado las elecciones ese mismo año con una unión de partidos que compartía nombre con los republicanos españoles: el Frente Popular. Blum consideró ayudar a la República, pero finalmente desistió por temor a Hitler y a perder su único aliado en caso de un ataque alemán, una Gran Bretaña que desconfiaba más de los ‘rojos’ que de los fascistas sublevados.

Los británicos están siguiendo en este momento la “política de apaciguamiento”: ceder sin límites ante los nazis con la esperanza

de evitar la guerra. Presionado por ellos, en agosto Blum promueve el Pacto de No Intervención, que prohíbe a los países firmantes, prácticamente todos en Europa, ofrecer ayuda a ninguno de los dos bandos. La Alemania nazi y las Italia y Portugal fascistas de Mussolini y Salazar ignorarán el acuerdo sin reparos desde el primer día, colaborando con los sublevados franquistas.

Francia, en un primer momento, decide no socorrer a la República para evitar males mayores, pero pronto se verá involucrada en la contienda española debido a su relación con los fascistas. En 1938, las luchas internas del Frente Popular dan paso al Gobierno de Édouard Daladier, de tendencia mucho más conservadora, quien lleva la práctica del “apaciguamiento” con los nazis prácticamente a la sumisión hacia Alemania y a su reciente aliado: Franco.

El entreguismo de Francia se manifestará pronto, ya que los exiliados, que no han abandonado la idea de la lucha, serán desarmados. Al final de la guerra, esas mismas armas acabarán en manos de los sublevados.

En noviembre, los republicanos inician una masiva huida hacia el país vecino; los primeros grupos están compuestos por ancianos, mujeres y niños. La respuesta de Francia, que ya apoya abiertamente al bando franquista, no se hace esperar: cierra la frontera para los españoles, a quienes ahora tacha de “extranjeros indeseables”, y toma una serie de medidas como el endurecimiento de los requisitos para los matrimonios entre inmigrantes y franceses.

El gobierno democrático de Francia, durante la III República, aplicando la legislación sobre emigración del gobierno de Daladier de 1938, implementó una política de internamiento de los refugiados españoles en campos del Midi francés. Para eliminar la ‘amenaza’, se separó a los hombres en edad de combatir de aquellos que no podían empuñar un arma (niños, mujeres, heridos...). Mientras que estos últimos eran confinados o abandonados, los primeros serían encerrados en campos rodeados de alambradas y vigilados por militares senegaleses. Esta política fue acompañada de una campaña de propaganda contra los republicanos, alimentando el miedo al comunismo y presentándolos como peligrosos y criminales, lo que generó que fueran recibidos con desprecio y temor. Sin embargo,

este mensaje no caló en toda la sociedad francesa, que protagonizó numerosos actos de solidaridad, aunque estas muestras de fraternidad eran perseguidas por las autoridades del país. Por ejemplo, camiones llenos de comida recolectada por los sindicatos franceses eran volcados por los gendarmes. Un episodio infame de esta historia ocurrió cuando el Gobierno republicano español intentó utilizar sus reservas de oro en Francia para ayudar a los refugiados. Las autoridades francesas lo impidieron y entregaron el oro a Franco.

El 27 de julio de 1936, llegó a España el primer escuadrón de aviones italianos enviados por Benito Mussolini. Este trágico conflicto entre hermanos, y su victoria apoyada, entre otros, por el clero, los latifundistas, los industriales, los monárquicos y la extrema derecha, concluiría el 1 de abril de 1939, con el último parte de guerra firmado por Francisco Franco. Pío XII y la curia vaticana mantuvieron su apoyo al dictador y a su esposa, Carmelita Polo, hasta la muerte de Franco, quien se mantuvo en el poder hasta el 20 de noviembre de 1975.

REPUBLICANOS

LIDER: MANUEL AZAÑA
 CAPITAL: BARCELONA
 IDEOLOGÍA: IZQUIERDA
 GOBIERNO: ELEGIDO
 INFANTERÍA: 450.000
 AERONAVES: 350
 TANQUES: 200



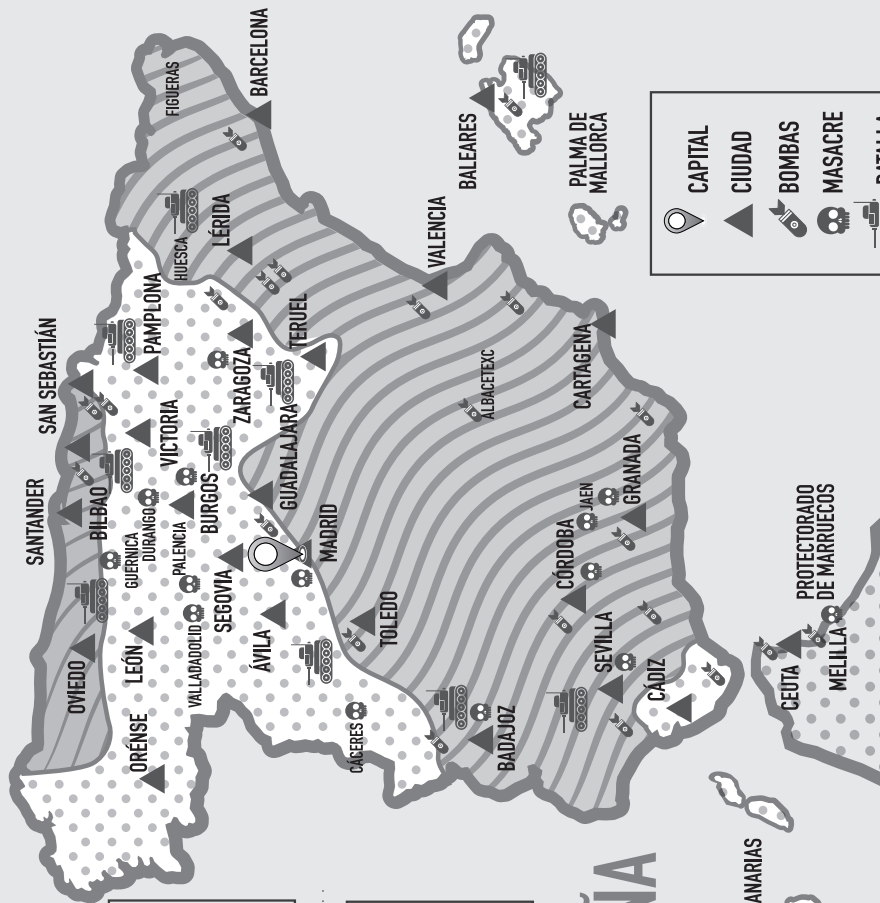
ZONA REPUBLICANA
 JULIO 1936

NACIONALISTAS

LIDER: FRANCISCO FRANCO
 CAPITAL: BURGOS
 IDEOLOGÍA: FASCISTA
 GOBIERNO: NO ELEGIDO
 INFANTERÍA: 600.000
 AERONAVES: 600
 TANQUES: 290



ZONA DE FRANCO
 JULIO 1936



	CAPITAL
	CIUDAD
	BOMBAS
	MASACRE
	BATALLA

ESPAÑA

MAPA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

1936-1939

La Señora Pilar



En la Ciudad de México, en el parque General San Martín, que ahora se conoce como Parque México, ya que el parque que se encontraba más allá del circuito de la calle Amsterdam, cruzando la avenida Nuevo León, fue llamado Parque España. En el Parque México, una señora judía dejaba de lado la lectura de los periódicos en yidis, que cada vez le llegaban con retraso desde los Estados Unidos, trayendo terribles noticias de Europa, y se relacionaba con las emigrantes españolas, compartiendo historias de dolor y tristeza.

Esta fue la historia que le contó una refugiada española sobre su familia antes y durante la guerra civil.

La señora Pilar, mientras continuaba haciendo el fruncido para los petos de los vestidos de niña que vendía, cuenta que nació en 1914 en Villán de Tordécillas, en la provincia de Valladolid, un pequeño pueblo. Sus casas, con escasos muebles y enseres acumulados por diversas generaciones, incluían cazos de cobre que no se deterioraban con el constante fuego del fogón, el cual servía tanto para preparar la escasa alimentación como para mantener la casa caliente durante el invierno. Con el fogón encendido, mientras hubiera leña, se calentaba la casa con ese delicioso olor a resina quemada. A pesar de tener chimenea, el humo se impregnaba en los muros y las ropas, dejando un aroma inconfundible de invierno. La ventaja de la construcción de adobe era que mantenía fresco el interior de la casa durante el verano.

Su pueblo, al igual que muchos otros cercanos, se unía para celebrar a sus santos patronos, ya que ninguna de estas localidades contaba con más de unos cientos de habitantes, todos dedicados al cultivo del trigo en esas tierras que a veces eran fértiles y otras, áridas, de Castilla León. De allí emigraron varios jóvenes a América, sintiendo

que lo poco que sabían sobre la tardía industrialización de España nunca les beneficiaría, y que, al igual que sus abuelos, seguirían sembrando las parcelas que les cedían los señores de la aristocracia Vallisoledana. Estos aristócratas cobraban sus rentas sin considerar las virtudes o inclemencias de los extremos climas: el calor del verano y los vientos fríos e intensos del invierno, una temporada en la que el hambre se intensificaba y era difícil mantenerse sano; salvo en raras ocasiones, había un hambre endémica.

Cuando tenía apenas dieciséis años, el intermediario del patrón preguntó a mis padres, que sabían que su hija leía muy bien, si querían que trabajara en la vecina ciudad de Simancas, en casa de una familia de la aristocracia Vallisoledana, atendiendo a una señora mayor que la requería como compañía y para que le leyera sus documentos y cartas, ya que había perdido la agudeza visual. Mis padres aceptaron, y yo acordé enviarles el dinero que me pagaran, lo que aliviaría la situación en casa, ya que mi aportación sería mayor que la del trabajo que haría quedándome, teniendo dos hermanos mayores, una hermana y un hermano menor.

Nunca pensé que tuviera un espíritu aventurero ni curiosidad por todo lo que veía y leía. Entrar a la refinada pero triste casa fue para mí toda una sorpresa, los amplios cuartos con grandes ventanas y cortinas para evitar el paso del sol o para el reposo sin luz por la noche, la imponente cama de Doña Luz, con sus cojines y cobertores ligeros de plumas de ganso (yo acostumbrada a los colchones llenos de borrasca o heno), los magníficos sillones tapizados con seda que se encontraban en varias salas de estar, el amplio comedor en que me tocaba comer acompañando a Doña Luz, que con paciencia me indicaba y demostraba cómo utilizar la variedad de cubiertos que se extendían a mi lado derecho e izquierdo en la mesa. Qué deliciosos aromas salían de la cocina, y al pasar por el cuarto intermedio donde se colocaban los platillos para ser revisados antes de ser servidos. Me impregnaba de los olores, de los alimentos tan variados de la tierra y el mar que nunca supe que existían y de la profusión de colores de los mismos, qué delicia al paladar, el sabor, colorido y la fragancia de tantas frutas, no quería que se me olvidaran, a la comida siguiente cambiaban la selección y para mí era impresionante. Poco a poco me fui incorporando a mis labores y presencia en esa casa, Doña Luz trajo a la costurera para que yo hiciera con ella varios vestidos, me sentía una princesa de cuento cada que me los ponía.

En mis ratos libres, me convertí en una ávida lectora de los diversos temas de los libros que Doña Luz elegía para mí. Ella había enviudado hacía varios años; su esposo había trabajado en el Archivo General de Simancas, establecido por Felipe II en 1580. Este proyecto fue diseñado y construido por el arquitecto real Juan de Herrera, adaptándose a las necesidades de la documentación y siguiendo principios de racionalidad y funcionalidad. La importancia de sus fondos radica en que constituyen el mayor compendio de documentación producida por la Monarquía Hispánica hasta el siglo XIX, tanto en el ámbito político como administrativo. Incluyen la documentación generada por los Consejos de los Habsburgo, las Secretarías de Despacho Borbónicas y las Contadurías y Departamentos del Tesoro. El patrimonio documental que alberga es fundamental para entender la historia de Europa entre los siglos XVI y XIX. El esposo licenciado de Doña Luz había sido una figura importante en Simancas. Al preguntarle a Doña Luz sobre el significado de Simancas, me dio la siguiente explicación: La localidad vallisoletana de Simancas revive el 6 de agosto el “Requerimiento de las siete doncellas”, una tradición local que conmemora un episodio histórico de la época de Abderramán II, cuando siete doncellas de la villa se cortaron las manos en repudio a un tributo real que las ofrecía como pago de un peculiar impuesto al califa. Según la leyenda, al ver a las siete doncellas con las manos mutiladas, Abderramán II, el emir de Córdoba, pronunció la famosa frase: “Si mancas me las dais, mancas no las quiero”, lo que pudo dar nombre al municipio que los moros llamaban Bureva.

Este tributo medieval se instauró por primera vez en el año 783, cuando el rey Mauregato, hijo bastardo de Alfonso I de Asturias, quiso agradecer al califa Abderramán I su apoyo para ascender al trono asturiano. Para ello, ofreció cien doncellas vírgenes, de las cuales Simancas debía aportar a siete de sus hijas, seleccionadas por sorteo. Con estas mujeres, el emir podría renovar su harén, destinarlas a su servidumbre o incluso venderlas como esclavas. Aunque los sucesores del rey asturiano, quien fue asesinado cinco años después por los nobles Don Arias y Don Oveco, rechazaron este humillante tributo y lo reemplazaron por un pago en dinero, el califa Abderramán II volvió a exigir el pago en mujeres en un momento de debilidad del rey leonés Ramiro I, quien accedió nuevamente a la demanda de las cien doncellas para evitar una invasión o más conflictos bélicos.

En mi entorno familiar, los años pasaron sin que me enterara de los problemas que enfrentaba el Rey Alfonso XIII, ni de la Dictadura de Primo de Rivera, que llevaron a la segunda república española, la cual comenzó el 14 de abril de 1931 con programas educativos inspirados en los modelos internacionales de la época. Visitaba a mi familia de vez en cuando, ya que estaban a 65 kilómetros de distancia y, debido a la falta de un buen camino, no era fácil ir con frecuencia. Al regresar de una de mis visitas, encontré la casa en un alboroto peculiar, ya que se esperaba la llegada del ahijado de Doña Luz, quien había estudiado Derecho en la Universidad de Salamanca y, a pesar de su juventud, había concursado y ganado una cátedra de docente.

A su llegada, me encontré con un hombre de estatura media, robusto, con rasgos marcados: una mandíbula fuerte, una barbilla prominente, una nariz alta y unos ojos verdes, curiosos. Su cabello negro era ligeramente ondulado y desordenado, y de vez en cuando asentía con la mano izquierda. Tenía una voz clara y amena, vestía un traje gris y en su chaleco llevaba una leontina con un reloj de oro. Al acercarse para saludar y presentarse como Bernat Goicochea Gandarias, noté un ligero aroma cítrico que complementaba la imagen de un hombre con una personalidad inquieta y una gran seguridad en su apariencia. Al intentar calcular su edad, me di cuenta de que debía ser seis o siete años mayor que yo.

Al verme, se mostró algo turbado hasta que su madrina le explicó que mi compañía ayudaba a mitigar la soledad que sentía en ese caserón desde la muerte de su padrino. Ella le dijo: “Quiero que conozcas a Pilar Toledano García”, y pasamos al salón a disfrutar de una taza de chocolate en agua, muy bien batido, aromático y espumoso, una delicia que siempre disfrutaba. De repente, una sonrisa apareció en sus labios y, regocijándose al mirar los míos, me dijo: “Pilar se ve muy guapa con su bigote de chocolate”. Doña Luz se rió y yo no sabía si sentirme avergonzada por mi bigote de chocolate o por el cumplido.

Siempre muy amable, su mirada me turbaba y me hacía sentir consciente de mi propia presencia, lo que intentaba evitar. Por las tardes, solía salir a caminar o a sentarme a leer, y desde el balcón, a menudo sentía su mirada furtiva pero penetrante, que trataba de esquivar. Cada mañana, me tranquilizaba al llegar a desayunar con Doña Luz, sabiendo que él salía temprano a revisar información

en el archivo para sus asuntos, de los cuales nunca hablaba con claridad frente a su madrina.

Así iban pasando los días y, poco a poco, sin darme cuenta de la complicidad de Doña Luz, quien nos dejaba en el salón donde yo me sentaba a bordar y él en el escritorio llenaba cuartillas con las anotaciones del material recaudado en el archivo general, comenzó a desarrollarse una familiaridad que nos iba atrayendo. Al terminar sus anotaciones, me invitaba a pasear por los alrededores de la finca antes de la cena que siempre compartíamos con su madrina, en la que ellos hablaban de muchos temas interesantes sobre los que, de vez en cuando, me atrevía a comentar.

Una tarde, Doña Luz me sorprendió al decirme que iba a preparar un dulce de leche de tres capas: una de nata, otra de bizcocho emborrachado y otra de crema pastelera, con un poco de azúcar quemada en la superficie. “Pilar, déjalo reposar”, me indicó. Después de la cena con Bernat, llevaron el postre y él comenzó a exclamar como un niño: “¡Gozua, gozua! ¡Qué rico! No sabe, madrina, cómo extrañaba un buen postre hogareño”. “Bernat, Pilar lo hizo”, dijo ella. “Gracias, guapa, te voy a enseñar cómo se come. Se debe comer de ‘abajo hacia arriba’ para poder degustar los diferentes sabores y texturas”. Estaba sorprendido y halagado de que yo se lo hubiera preparado.

En una ocasión, cuando me preparaba para ir a ver a mi familia, se ofreció a llevarme a Villan de Tordesillas en el automóvil Hispano Suiza de su madrina. Con cierto temor, pero sin sentirme avergonzada, agradecí su interés y acepté. Qué diferencia había entre la carreta o el destartalado autobús y el Hispano Suiza para recorrer los mismos 65 kilómetros. Sentía un poco de miedo de que nos atascáramos o que se rompiera la suspensión del coche, pero Bernat manejaba con mucha destreza y, poco a poco, comenzamos a sentirnos cómodos el uno con el otro. Al llegar, mis hermanos se quedaron admirados de esa maravilla automotriz y mis padres nos recibieron con sorpresa, tratando de agasajar a Bernat de una manera especial. Al conversar con mis hermanos mayores y mi papá, comenzaron a hablar de manera fluida sobre la importancia de la Segunda República y los beneficios que traería en educación, sanidad y la inclusión de toda la sociedad en los avances sanitarios y de comunicación. Mi madre se apresuró a preparar un delicioso puchero que disfrutamos al atardecer, mientras contemplábamos

el paisaje y el clima cálido. Entre pláticas y silencios, regresamos a Simancas.

Doña Luz nos esperaba, interesada en que le contáramos sobre nuestra jornada.

El tema de la historia de España fascinaba a Bernat, y poco a poco fui comprendiendo sus intereses actuales en la recién formada Segunda República, en la que noté que estaba involucrado desde sus tiempos de estudiante.

Cada día sentía más afinidad con él, lo que me perturbaba, ya que dudaba de estar a la altura para compartir sus intereses y la vida con un hombre tan instruido y apasionado por sus convicciones.

Durante los paseos que dábamos cada tarde, comenzó a contarme sobre la Reina María Cristina, quien fue regente de su hijo Alfonso XIII desde 1885 hasta 1902, y cómo, durante su regencia, España perdió en 1898 las posesiones de su imperio en Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam. El resto de las posesiones españolas en el Pacífico fueron vendidas al imperio alemán.

Cuando Alfonso XIII asumió el poder el 17 de mayo de 1902, a los 16 años, tenía un gran amor por España, aunque sus gustos eran más propios de un joven aristócrata. No perdía la oportunidad de cortejar a las mujeres guapas y tuvo numerosos hijos. Se enamoró de su prima Eugenia de Battenberg y, a pesar de las advertencias sobre los problemas de consanguinidad, decidieron casarse y tuvieron siete hijos. Uno de ellos murió al nacer, dos eran hemofílicos, uno era sordo, y tuvieron dos hijas, además del príncipe Juan, quien se convirtió en el heredero tras la renuncia al trono de dos de sus hermanos. Alfonso XIII, apodado “El Africano”, también tuvo varios hijos fuera del matrimonio. Era un hombre que valoraba la educación y la investigación, con una mentalidad liberal y una moral bastante abierta, en contraste con la España tradicional y conservadora de su tiempo, que estaba fuertemente influenciada por el clero. Además, era un gran aficionado al erotismo y a las películas pornográficas, patrocinando varias de ellas junto a su amigo y compañero de fiestas, el Conde de Romañones, incluyendo la famosa “En el Barrio Chino de Barcelona”.

Pregunté a Bernat qué era la hemofilia. Pilar me explicó que la hemofilia es una enfermedad que impide la correcta coagulación de la sangre y que se transmite por el lado materno. De los nueve hijos

de la reina Victoria, tres heredaron de ella el gen de la hemofilia: sus hijas Alicia y Beatriz, y Leopoldo, el octavo hijo, que murió a los 30 años debido a una hemorragia en la rodilla. Alejandra Fiódorovna Románovna, emperatriz consorte de Todas las Rusias, conocida como Alix, nació el 6 de junio de 1872, hija de la Princesa Alicia y nieta de la reina Victoria del Reino Unido. Recibió el nombre de Alejandra Fiódorovna tras ser aceptada en la Iglesia ortodoxa rusa, se casó con el Zar Nicolás y fue coronada el 26 de mayo de 1896 en el Kremlin de Moscú. La Zarina, después de dar a luz a cuatro hijas, transmitió la hemofilia heredada de su madre y abuela a su hijo, el heredero ruso Alexei. Por otro lado, la princesa Beatriz, otra hija de la reina Victoria, se casó con el príncipe Enrique de Battenberg, y su hija Victoria Eugenia fue objeto del amor de Alfonso XIII. Como te había contado, de sus siete hijos, uno murió al nacer, dos eran hemofílicos, uno quedó completamente sordo tras una cirugía a los 4 años, y tuvo dos hijas y su heredero, el Príncipe Juan. Escuchaba estas historias con interés y hacía preguntas al respecto, pero no podía dejar de preocuparme por la vida tan disipada que llevaba Alfonso XIII. De repente, Bernat se ausentaba varios días y, a nuestro reencuentro, la atracción entre nosotros se sentía más intensa. Un atardecer, salimos de la finca y me tomó de la mano; sentí una mezcla de placer y un sobresalto íntimo que no lograba entender, y así comenzó nuestra cercanía. En la siguiente ocasión, me atreví a preguntar: “¿Sabes? No me has contado nada sobre ti o tu familia”. Se sonrojó y respondió: “Somos del País Vasco”.

Poco a poco, me fue comentando que sus padres eran grandes terratenientes conservadores y que estaban relacionados con el sector minero y metalúrgico, aunque también participaban en diversas industrias. Lo que Bernat no me contó y supe después, es que eran tan ricos y poderosos que lograron controlar toda la cadena del hierro, desde su extracción en las minas hasta su manufactura, participando en todas las empresas y sectores relacionados. Él tiene tres hermanos y dos hermanas mayores, todos casados e involucrados en los negocios familiares; él es el benjamín, con 26 años. Hasta ese momento, las personas con recursos que podían estudiar debían ir a las universidades castellanas y solían hablar un buen castellano, mientras que aquellos que no estudiaban fuera no sabían hablarlo. Esto hacía que el hecho de hablar castellano denotara una clase social superior, mientras que no saberlo era sinónimo de pertenencia al mundo rural. Desde pequeño, Bernat

acompañaba a los encargados de los cobros a las tierras y a las vastas minas de donde se obtenía el carbón y el mineral de hierro, y veía las deplorables condiciones en que trataban a los trabajadores, cómo los humillaban y la pobreza en la que vivían. Se exaltaba y me platicaba sobre la necesidad de un cambio.

Era un hombre intenso. De repente, me besó y yo correspondí. Sentí que con su solo tacto entraba hasta lo más profundo de mi ser, una sensación de calor y frío completamente desconocida. Me sorprendí al corresponderle con la misma intensidad, ternura y dulzura. Sin pensar, salieron de mis labios palabras de fuego: “Bernat, te quiero”. Y él, con su voz viril, serena y clara, me dijo: “Pilar, quedé prendado de tu presencia y hermosura cuando, sin esperar, al llegar a la casa de mi madrina, te vi erguida, más bien delgada, de piel trigueña, con una frente amplia y tu pelo negro azabache recogido en un moño que me permitió apreciar más tus pómulos fuertes, tus bellos ojos negros, la cara deliciosamente ovalada, y esos labios... esos labios, ligeramente carnosos, firmes y de color rojo pálido. Me dije que bella eres”.

Nos volvimos a besar, fascinada por el fuerte abrazo de su cuerpo sólido que me inspiró confianza y seguridad desde ese primer momento. Sus intempestivos y cada vez más frecuentes viajes nos preocuparon a su madrina y a mí, y no pude evitar preguntarle si tenía idea de qué se trataban esos viajes.

“¿Sabes, hija, la situación que estamos viviendo en nuestra España? Somos el conglomerado de muchas regiones con características singulares cada una, y lo difícil que es aglomerar en un todo a todas las tendencias de la población, desde unos exageradamente conservadores apoyando al clero y a la milicia para continuar con el control de la vida de los ciudadanos, hasta los extremos más liberales, pasando por las tendencias que tienen sus raíces en el socialismo y el comunismo manifestado por la población rusa, que se han ido filtrando en todas las sociedades. También tenemos la influencia de un resurgimiento de gobiernos totalitarios fascistas, como el que Mussolini está imponiendo en Italia, y otros nacional-socialistas como el alemán que quiere controlar al mundo gestando una raza pura aria”.

Doña Luz, he estado buscando en la biblioteca libros y documentos de su marido que abordan la reciente historia de la región de

Asturias, donde nació Bernat. Me resulta difícil entender cómo todavía existen facciones carlistas que luchan por la monarquía con los Borbones desde que el rey Felipe VII, al fallecer en 1833, designó a su hija Isabel II como reina de España, y que ella no fue reconocida por su tío, el infante Carlos María Isidro. ¿Cómo es posible que el campo vasco y Navarra en su conjunto sigan apoyando mayoritariamente a los carlistas? A pesar de haber sido derrotados en 1833, mantienen su presencia política, consiguen votos y escaños en todas las elecciones, y continúan influyendo en la vida de España.

Mira, Pilar, la revolución industrial ha tenido un impacto notable en el País Vasco, logrando destacar y tratar de aislarse del resto de España. El idioma vasco no tiene afinidad con el español, y ese es uno de los factores que contribuyen a que se sientan diferentes. La riqueza de sus minas y la pureza de su mineral atrajeron a inversores ingleses a finales del siglo XIX y principios del XX. Es importante recordar que España se mantuvo neutral durante la Gran Guerra de 1914 a 1918. Este despertar industrial permitió negociar con todas las facciones beligerantes, consolidando a la oligarquía y fomentando a un grupo que, aprovechando la guerra, obtuvo beneficios manejando el mercado negro, especialmente de víveres escasos para la población. Los infames estraperlistas...

En la actualidad, la industrialización en el País Vasco está atravesando un notable proceso de crecimiento, especialmente en Bilbao. Los sectores de trabajadores politizados, aunque minoritarios en su conjunto, distribuyen su apoyo entre grupos ajenos al régimen de los republicanos y socialistas, a los que más tarde se unió el Partido Nacionalista Vasco. Esta fuerza laboral, con su esfuerzo, genera en Vizcaya un gran dinamismo emprendedor que beneficia a los grandes magnates y familias conservadoras privilegiadas, dando lugar a la creación de grandes empresas que se expandieron por toda España. Estas empresas construyeron imponentes edificios para sus instituciones comerciales en las principales ciudades. Destacan nombres como los Ybarra, que controlan múltiples empresas, Don Horacio Echevarrieta, Don Pedro Pascual Gandaria y su hijo Juan Tomás Gandaria, así como los Urquijo, Durañona, Aguirre, Ampuero, y el hombre más rico de España, Juan March, junto con la Casa de Alba, los mayores terratenientes, entre otros pocos que se involucraron en diversas industrias, invirtiendo en minas, siderurgia, navieras, bienes de equipo, explosivos,

urbanismo, producción energética y ferrocarriles, llegando a controlarlas. Estas familias estaban establecidas en el barrio de Neguri, en Guecho, cerca de Bilbao. En los años 30 del siglo XX, tres cuartas partes del acero y la mitad del hierro que se producían en España provenían del País Vasco. Entonces exclamé sorprendida: “Doña Luz, ¿Bernat es parte de esa familia?” “Sí, Pilar, pero veo que él se ha distanciado del esplendor de su linaje y se ha centrado en ayudar a los emigrantes que llegan a estas tierras en busca de sustento”. Hablando en castellano, mostraron a los oriundos que la posición social no era solo cuestión de lengua y, además, trajeron consigo las ideas de izquierda que acompañaron el surgimiento de esta revolución industrial, marcando la lucha de clases y pidiendo la unidad de los proletarios.

Por eso, la juventud como Bernat observó cómo se alteró la estructura social vasca, que era conservadora y muy apegada a la tradición y a la religión, debido a las nuevas ideas que trajo el movimiento obrero. En lugares como Éibar, donde desde tiempos inmemoriales había una rica actividad industrial basada en el hierro, las nuevas ideas se arraigaron rápidamente, desafiando las creencias tradicionales. En otros sitios, se produjeron huelgas y luchas en las que la población comenzó a abrirse a estos nuevos pensamientos, tomando conciencia de la nueva sociedad que estaba surgiendo. Un buen ejemplo de esto es la huelga de los obreros eibarreses de “Esperanza y Unceta”, que tuvo lugar desde el otoño de 1913 en Guernica.

Al regresar a casa, Bernat parecía cansado, así que le ofrecí de cenar unos deliciosos pulpos a la gallega con arroz que había preparado la cocinera. Nos sentamos a la mesa y le pregunté cómo le había ido y a dónde había ido. Después de cenar, dejó la servilleta a un lado, me dio las buenas noches, un cariñoso beso y un fuerte abrazo. Me respondió que estaba muy cansado por el largo viaje desde Bilbao, deseaba tomarse un buen baño, dormir y que mañana hablaríamos.

Al bajar a desayunar, Doña Luz me dijo que Bernat se había disculpado, pero que había tomado el coche temprano para llegar más rápido a Madrid.

No pude tomar más que un café y salí a caminar, reflexionando sobre todos los acontecimientos que estaban sucediendo en nuestra España, de los cuales ni siquiera estaba bien informada.

Los periódicos que recibíamos en casa, según su tendencia, daban las noticias, y entre unos y otros no sabía a quién creer ni cuál era la realidad. Tenía que esperar a que llegara Bernat y me contara con claridad lo que estaba pasando.

Y así fue, cada vez que Bernat pasaba unos días con nosotras, consultando los archivos históricos, nuestro amor iba creciendo a través de la confianza que sentía con los sucesos que me relataba, y yo poco a poco iba asimilando todo.

Pilar, ya han pasado casi dos años desde que, con el triunfo de la votación del 14 de abril de 1931, derrocamos por un amplio margen a la monarquía de Alfonso XIII e instauramos la II República Española. Hemos estado implementando excelentes planes en educación, agricultura, electrificación, comunicación e industrialización, entre otros. Sin embargo, las diferentes facciones republicanas no hemos logrado ponernos de acuerdo y establecer un frente común. Esta situación es aprovechada por las fuerzas opuestas, que van ganando terreno, aunque no logran atraer a nuevos adeptos a su causa.

Sé que no es el momento ideal debido a la inestabilidad de mi situación, pero quiero pedirte que estés a mi lado. Si estás de acuerdo, iremos a casa de tus padres a recibir su bendición. Mi sorpresa fue enorme, y compartir este momento con Bernat era lo que más deseaba; quería ser su compañera en lo bueno y en lo malo. Tomé la iniciativa y le di el beso más intenso, lleno de amor que me invadía por todo el cuerpo. Inmediatamente fuimos a informar a Doña Luz, quien estuvo de acuerdo y comentó que para ella no era ninguna novedad, ya que lo había estado esperando durante varios meses.

Las visitas de Bernat a la humilde casa de mis padres se habían vuelto frecuentes. Mis padres y hermanos, que al principio se mostraban recelosos y cautelosos con él, pronto comenzaron a sentir respeto y admiración. Cuando le pidió a mi padre si podían salir a dar un paseo para fumar un pitillo, le solicitó su bendición y permiso para casarse con su hija. Mi padre, con lágrimas en los ojos, le dio un abrazo y pidió que entráramos a la casa para informar a su esposa e hijos. Fue un júbilo general, celebrado con unas botellas de vino tinto que habíamos traído de Simancas.

Días después nos despedimos de Doña Luz y nos dirigimos a Madrid. Al llegar, nos casamos y posteriormente ratificamos nuestro matrimonio por la recién implantada ley del matrimonio civil del 28 de junio de 1932. Yo tenía 18 años y Bernat había cumplido casi 26. Unas semanas después de llegar a Madrid, nos instalamos en la casa de unos amigos de Bernat que compartían antecedentes muy similares; eran hijos de gente de los altos estratos de la burguesía española que comulgaban con los valores y participaban en la dirigencia de la Segunda República. Así me enteré del propósito de los viajes de Bernat; sus investigaciones en los archivos de Simancas servían para afianzar la redacción de la incipiente constitución liberal.

El 26 de marzo de 1932, Bernat me sorprendió con una invitación al Teatro Calderón, un edificio en forma de V que se destaca por su imponente fachada y cúpula en la calle de Atocha, frente a un pequeño parque que permite apreciar su grandeza. Con capacidad para mil espectadores, fue construido en 1916. Asistimos al estreno de la zarzuela “Luisa Fernanda”; durante los tres actos de amores reñidos, en un Madrid convulso, lleno de conflictos amorosos y políticos al final del reinado de Isabel II, no podía dejar de admirar ese lujoso entorno de butacas completamente llenas: la platea, dos pisos de palcos y cuatro amplios anfiteatros en un semicírculo que se elevaban y se alejaban progresivamente hasta casi tocar el techo del teatro. Las butacas permitían desde cualquier asiento una increíble vista del escenario, todo el interior decorado y tapizado de un color rojo intenso. Al salir y ver a todo ese público vestido con sus mejores galas, no pude evitar pensar en la pobreza y escasez en las que vivía mi familia y la mayor parte de la población de España.

Madrid era un bastión que parecía republicano, con impresionantes edificios construidos por capitales conservadores y por el rico clero que dominaba a la población en vastas extensiones de terreno acumuladas durante siglos, además de las donaciones recibidas por legados y herencias. Vivíamos en la calle de Juvenal, casi frente al teatro de la Zarzuela, al que íbamos de vez en cuando; yo, que aún no me acostumbraba a la espectacularidad de Madrid, me dejaba llevar por intensas emociones al asistir a las representaciones.

Al reflexionar sobre lo que veía, escuchaba y sentía cada día como un cambio positivo, deseaba que esos principios llegaran a Villan de Tordecillas y a los pueblos cercanos, que necesitaban despertar y liberarse del yugo de pobreza y hambre que los había sometido

durante tantas generaciones. Mi admiración y amor por Bernat y su pasión por buscar el cambio social seguían creciendo, una labor que cada día entendía más y de la cual quería ser parte activa, así se lo manifesté a Bernat.

En las pocas ocasiones que pude regresar a mi hogar, animaba a mis padres y hermanos a mejorar sus condiciones. Al principio, lo que les contábamos Bernat, mi “oso fuerte”, y yo les parecía una fantasía, pero poco a poco lo fueron comprendiendo, especialmente mis hermanos. En mi siguiente visita, al no ver a Rosalba, mi hermana mayor, en casa, pregunté a qué hora llegaba y me dijeron que se había casado con su pretendiente de toda la vida, Lázaro, y que se habían mudado a Valencia, donde él trabajaba como obrero en un molino de trigo. Poco después, Santiago se fue a Burgos, donde encontró trabajo en un restaurante, mientras que José María y Fernando ayudaban a mi padre en las faenas.

Bernat siempre estaba al tanto, ansioso y apasionado en todo lo que hacía, un maestro tierno en las lecciones del amor, cariñoso y generoso, con el corazón abierto para ayudar a los demás, ya fuera con consejos o con apoyo económico, gracias a un fideicomiso que había recibido de sus abuelos y que aún estaba vigente. Como no se alineó con las expectativas familiares de seguir los pasos de sus padres, su posición social y el ejemplo de sus hermanos y cuñados, lo consideraron rebelde y no lo aceptarían hasta que regresara al seno familiar.

Vivíamos en un lugar céntrico, detrás del Círculo del Arte, inaugurado en 1921, donde se llevaban a cabo exposiciones y conferencias a las que asistía con interés y comentaba con Bernat.

Después de las tareas que teníamos en casa, que repartíamos entre las mujeres cada quincena y cambiábamos, salía a la calle y me maravillaba al pasear por la amplia Gran Vía. Caminaba y admiraba tanta prosperidad; al llegar a la Plaza de España, donde me sentaba a descansar, bien vestida, calzada y abrigada, no podía evitar reflexionar y recordar, en contraste, la pobreza de mi tierra natal, las grandes dificultades diarias para conseguir agua, los insalubres retretes, los insoportables calores del verano, y el temor a las inclemencias del frío en invierno, sin contar con suficientes prendas ni cobertores para abrigarnos por la noche, y la alimentación deficiente con los escasos alimentos que podíamos almacenar, además de los animalitos que nos ayudaban a mitigar el hambre.

Mientras continuaba mi recorrido, de repente vi un portón que se abría. Al preguntarle al vigilante qué era esa inmensa residencia con bellos jardines, me respondió: “Señorita, es el Palacio de Liria, que es igual o más grande que el Palacio Real y pertenece a la Casa de los Duques de Alba, Grandes de España.” Era el inicio de la avenida de la Princesa, inaugurada por la Reina Isabel II en 1864, que, por decisión de su padre Felipe VII, reinó desde 1833 hasta 1868. Como ya había mencionado, los seguidores de su tío Carlos Isidro María aún reclamaban infructuosamente el trono para sus descendientes en la época de Alfonso XIII, luchando por los derechos de sucesión. Admiraba los edificios de oficinas y pisos donde vivían cómodamente tantas familias, e iba inventando historias sobre la vida de los inquilinos. Toda la zona se estaba poblando y así llegué a la zona de Moncloa. Más adelante estaban los grandes campos que Alfonso XIII había cedido para establecer un centro universitario.

Nuevamente, Bernat salió con algún destino; no era curiosidad lo que me embargaba, sino la intranquilidad que se sentía en toda la ciudad, que aparentaba una calma incierta.

Al salir de casa, a dos cuadras de la intersección de la Gran Vía y la calle de Alcalá, comencé a seguirla sin rumbo fijo. Pasaba de admirar los grandes edificios a mis dudas y preocupaciones. Al pasar por el Casino, donde se reunía la sociedad y los grandes empresarios, me llamó la atención lo custodiada que estaba no solo la entrada, sino todo el frente de la calle por la policía gubernativa, todos ellos vestidos de civil. Unas calles más adelante, llegué a la Plaza del Sol y quedé estupefacta al ver una manifestación de obreros que exigían mejores condiciones de trabajo. Logré escabullirme y encontrar el camino a la Plaza Mayor, donde en una placa de acero leí que su construcción fue ordenada por Felipe II en el año 1593. A lo largo de los siglos, las construcciones sufrieron varios incendios, y por eso ahora era una gran plaza rodeada de edificaciones bastante homogéneas. Desde allí partía la gran marcha, siguiendo por las calles aledañas hasta llegar nuevamente a la Plaza del Sol. Pegada a los portales, llegué a uno de sus diez accesos y bajé por una rampa de piedra, tratando de escabullirme. Al bajar, me encontré en la calle de Cuchilleros, donde vi portones que tenían arqueológicos sótanos y galerías medievales, cavas, tabernas y hosterías con pizarras al frente que ofrecían delicias para satisfacer la glotonería madrileña, como corderos asados, besugos al horno, callos a la madrileña,

patatas bravas, entre otros. Es una calle de poca animación durante el día, pero por la noche cambia, vi programados diversos espectáculos, algunos galantes y otros de música y baile flamenco. Traté de orientarme siguiendo calles angostas con construcciones antiguas, hasta que llegué a unas conocidas que me permitieron regresar a casa.

Al regresar Bernat, le conté sobre mi odisea. -Pilar, querida, no debes aventurarte sola por las calles del centro de Madrid; están ocurriendo confrontaciones entre los republicanos, que aún no logran un frente común, y aquellos conservadores tradicionalistas que, apoyados por el dinero de la burguesía, están avivando rencores-. Le pedí a Bernat que quería acompañarlo, y él, cortés pero firme, me dijo que ya tendríamos oportunidad de pasar más tiempo juntos. -Te recomiendo que, si sales, te limites a pasear por las zonas de bulevares cercanas a la casa-.

Siguiendo su consejo, aproveché para salir a buscar material para los vestidos y bordados que hacía en casa. Caminé por el Paseo del Prado, que es la continuación de Recoletos después de la Fuente de las Cibeles. Iba por la lateral y, al cruzar una calle, me encontré con una tienda muy interesante que vendía artesanías de Toledo, un tipo de repujado grabado en utensilios y joyería de metal muy característicos, conocido como arte damasquinado, que consiste en el repujado de oro sobre la lámina de acero. También vi y aprecié una gran variedad de artesanías de toda España. Al continuar, me llamó la atención el Hotel Palace, frente a la fuente de Neptuno, en la Carrera de San Jerónimo, Duque de Medinaceli y Plaza de las Cortes. Ya no me inhibí y me adentré al hotel. En el vestíbulo, vi la interesante cúpula de vidrio y me acerqué a un digno señor de edad que era el conserje y que me parecía conocer. Me contó que el hotel fue construido por un empresario hostelero de origen belga, por sugerencia personal de Alfonso XIII. El edificio, con sus cuatrocientas habitaciones, empleó el novedoso material constructivo denominado hormigón armado y fue erigido en un periodo de quince meses, abriendo sus puertas al público el 12 de septiembre de 1912, dos años después que su vecino, el Hotel Ritz, ubicado cruzando el bulevar. En la fecha de su construcción, fue el hotel.

Unos días después, continué mi paseo por el Paseo del Prado hasta llegar al Museo del Prado. Decidí entrar y unirme a una visita guiada por varias salas. ¡Qué variedad de pinturas! De todas las épocas,

de diferentes pintores y países. Me impresionaron los expresivos retratos del maestro holandés Rembrandt, así como sus conjuntos de grandes personalidades de su ciudad, quienes le pagaban escasos honorarios por sus obras. También me llamaron mucho la atención los grandes pintores españoles, cuyos temas eran los retratos de las dinastías españolas. La cara de Carlos II es impresionante; después de la regencia de su madre, Mariana de Austria, reinó de 1665 a 1700. Su rostro, deforme y alargado, con la parte media hundida, y una mandíbula larga y prominente, reflejaba su constante debilidad y delicada salud. Las enfermedades congénitas, resultado del alto grado de consanguinidad de sus antepasados y la insistencia en casarse con primas o sobrinas, fueron un factor determinante. Estos matrimonios arreglados entre familias buscaban mantener el poder de las diferentes casas reinantes en Europa. Carlos II fue el último príncipe de los Habsburgo, conocidos como los Austrias. Antes de morir a los 39 años, designó al príncipe Borbón, Felipe de Anjou, nieto del rey Sol francés, como Felipe V, quien logró introducir ciertas mejoras en la administración. Sin embargo, su hijo, Carlos III, con su peluca de época y su nariz prominente y bulbosa, fue apodado el déspota ilustrado por su intento de conciliar el absolutismo monárquico con el espíritu reformador de la Ilustración, aunque no logró mejorar la situación en España.

Me llamó la atención la pintura de Francisco Goya de la familia del rey Carlos IV (1788-1808), donde el rey aparece regordete, con el tercio medio de la cara hundido, aunque no tanto como el de su esposa, María Luisa de Parma. Este rey ha sido considerado el peor de España. Al inicio de su reinado, intentó evitar la acumulación de bienes por parte de civiles y eclesiásticos, así como frenar el acaparamiento y la especulación de granos, en respuesta a las crisis agrícolas. También promovió la libertad industrial y comercial, pero luego permitió que su primer ministro, Manuel Godoy, lo manipulase, lo que lo llevó al fracaso y terminó desterrado en Nápoles, donde falleció.

La guía del museo nos contó la siguiente anécdota sobre María Luisa de Parma, quien fue recordada como una libertina, famosa por su agitada vida privada y sus infidelidades al rey. Sin embargo, lo que más llamaba la atención de sus contemporáneos era su perfecta y brillante dentadura, a pesar de que había perdido prácticamente todos sus dientes debido a los numerosos embarazos que sufrió.

Tuvo 24 embarazos y 14 hijos, de los cuales ocho murieron antes de 1800. Su deterioro físico se reflejaba, sobre todo, en su dañada dentadura, que le causaba un dolor intenso, aliviado con granos de opio y láudano, que guardaba en pequeñas cajitas de oro. Después de cada comida, se frotaba las encías con la tintura, lo que podría explicar sus episodios de somnolencia y apatía. Apenas conservaba dientes propios, por lo que prefería abrir la boca lo mínimo posible. Los pocos dientes que se vislumbraban entre sus labios eran negros y carcomidos. Consciente del efecto que causaban esos “dientes negros”, María Luisa ordenó que le hicieran una dentadura postiza a medida, algo que el propio Napoleón describiría como “porcelana de Sèvres”.

El Emperador de Francia tuvo la oportunidad de verla de cerca en mayo de 1808. Durante las abdicaciones de Bayona, Napoleón puso fin a la discusión sobre quién debía reinar, forzando a Fernando VII a devolver el poder a Carlos IV a cambio de treinta millones anuales, para que su hermano José I pudiera acceder al trono de España. Carlos IV y María Luisa asistieron a una cena con Napoleón y Josefina. Al ver la perfecta dentadura de María Luisa, Josefina se impresionó por la maldad de los rumores sobre sus dientes, al menos hasta que la reina se sacó la dentadura a mitad de la cena para demostrar que no eran suyos. Por supuesto, la remilgada Josefina, que comenzaba a tener problemas dentales, consideró este acto como una muestra de la mala educación de la Reina española. Su dentadura lucía perfecta, pero le dificultaba comer. El emperador francés, junto a su hermano, tomó el control de España, lo que tuvo repercusiones tanto en la clase alta como en la población, mientras las tropas francesas entraban en España bajo el pretexto de invadir Portugal.

La obra de Francisco Goya es contrastante; así como pintó a la familia de Carlos IV y a la bellísima maja desnuda, su otra faceta se refleja en los grabados de la guerra de independencia contra José I (Pepe Botella), el rey sin súbditos, así como en sus pinturas negras de arte y psicosis y sus terribles grabados de fusilamientos y destrozos de la guerra.

La antesala de la Guerra de Independencia en América tuvo sus preparativos desde 1808, en un periodo de incertidumbre por la disputa de la monarquía en España. Estas noticias llegaron a los países de América y en 1810 los criollos iniciaron el movimiento de

Independencia de la Nueva España, con el grito de “Viva México”, que resonó en otros países. Napoleón comenzó a interferir en el reinado de su hermano, que apenas duró 5 años, durante los cuales logró grandes reformas, reprimiendo a los Grandes de España. Modificó el trazado de las calles y plazas de Madrid, lo que le valió el apodo de “José Plazuelas”, e inició la formación de una pinacoteca que fue el germen del Museo del Prado.

Al regresar de sus viajes, Bernat era muy cariñoso conmigo y me recordaba continuamente el amor que me tenía. Siempre hablaba de su ilusión en las interminables juntas a las que asistía, pensando en regresar a mí. Me regocijaba con su constante amor, fortaleza y delicadeza. Le correspondía cocinando sus platillos favoritos. Increíblemente, me volví una excelente cocinera de comida vasca: bacalao al pil pil, kokotzas en salsa verde (yo prefería las de merluza a las más rosadas de bacalao, que no siempre encontraba), pisto a la bilbaína y algunas más simples como las tapas de anchoas y la tortilla de papa, a la que le añadía diversos ingredientes, pero igual de apetecible. Me inundaba una felicidad que sabía que nunca terminaría.

Bernat llegó y me dijo: “Póntelo más guapa, ya que hoy vamos a tomarnos unas fotografías en el estudio de un conocido que vive un poco alejado, más allá del Paseo de la Castellana, en el barrio de Almagro, en el distrito de Chamberí.” José Luis, con su cámara de gran fuelle y luces por todos lados, me asustó con el resplandor tan fuerte de una bombilla que se encendió y apagó de inmediato. En varias placas tomó unas fotos personales y luego pasamos al fondo del estudio, donde posamos para unas fotos que enviaríamos a mis padres, a quienes no había tenido la oportunidad de visitar.

A la semana siguiente, Bernat sugirió un paseo por el bulevar de los Recoletos, que comenzaba en la Fuente de las Cibeles, en la esquina con el Palacio de Linares. Caminando y platicando, llegamos al Palacio de la Biblioteca y Museo Arqueológico Nacional, donde había una imponente estatua de Alfonso el Sabio al frente. Allí, Bernat tuvo que consultar unos documentos.

De la lateral de la calle, pasamos al amplio paseo entre verdes prados y, poco después, al cruzar a la acera opuesta, entramos al Café Gijón, famoso por sus tertulias de intelectuales desde que fue fundado el 15 de mayo de 1888 por un asturiano afincado en Madrid.

Al entrar, varios comensales se acercaron a saludar a Bernat, y él, con mucho orgullo, me presentó como su esposa.

Bernat, te veo preocupado, ¿de qué se trata? En ese momento sacó dos pasaportes con las fotos que nos habían tomado y me anunció que saldríamos a Francia e Inglaterra en representación del gobierno de la república. Al llegar a casa, expresé mi preocupación de que, dado ciertas tendencias marxistas de algunos compañeros de la república, ni los gobiernos británico ni francés querían involucrarse en contra del régimen fascista de Alemania para evitar una mayor confrontación con las potencias europeas. No apoyarían a la II República, a pesar de ser un régimen democráticamente electo por el pueblo español, y consideraban que era una cuestión interna de España. Negaron su apoyo, ya que habían firmado, junto a 27 estados europeos menos Suiza, un acuerdo de no intervención con las potencias del eje fascista, Alemania e Italia. A pesar de que era bien sabido que los alemanes e italianos enviaban armas, pertrechos y aviones de forma clandestina a los soldados españoles que luchaban en el protectorado español y francés de Marruecos contra las fuerzas del Rif. En un mitin político en París, Dolores Ibarrutia, a quien ella misma se refería como la Pasionaria, increpó al presidente francés Léon Blum: “En esta ocasión, la III República es abandonada; en la siguiente conflagración, serán ustedes”.

Salimos en tren rumbo a Francia, donde Bernat entregó documentos directamente en manos de Álvaro de Albornoz, embajador de la Segunda República Española. Después de un azaroso viaje en barco, al llegar a Londres, entregó los documentos enviados por el presidente Azaña, quien tenía una visión bastante clara y coherente de lo que debía ser la política exterior republicana. Incluso afirmaban que era uno de los pocos dirigentes que poseía una auténtica visión de estado. El embajador era un tibio participante de las acaloradas negociaciones que querían asegurar la participación del Reino Unido, cuyos representantes se mantenían tranquilos.

Nos quedamos dos noches más en Londres. Bernat me dijo que era para celebrar nuestro viaje de novios. Fuimos a disfrutar de una comida llena de sabores y fragancias que, a simple vista, te enamoraba, pero al comerla resultaba picante y muy apetitosa; era comida hindú, ya que India había sido colonizada por los ingleses. Tomamos cerveza en una taberna, pero a diferencia de la nuestra, estaba templada.

Por la noche, asistimos en Covent Garden al ballet de La Bella Durmiente, que me pareció un sueño al ver la perfección con la que se coordinaban las bailarinas y la ligereza de sus pasos, junto con las piruetas de los bailarines que las levantaban como si fueran de pluma, todo esto con una precisión asombrosa en sincronía con la música. Sentía que estaba soñando, pero con mi príncipe despierto, que cada noche me hacía sentir como su joya más preciada.

Al regresar de Londres, recibí con sorpresa una carta de mi hermano menor, José María, que participaba en el ejército republicano. Dice que lo pasa bien y que está conociendo muchos lugares y ciudades (lo escribe así, con mayúscula), y que no sabe si cuando vuelva al pueblo podrá acostumbrarse a vivir allí, después de tantas experiencias y correrías, y de conocer a tanta gente extraordinaria. A nuestra madre, que tanto sufre por él, le dice a veces: “Usted no se apure, madre, que todavía no se ha fabricado la bala que me mate”. Este debía ser un dicho común entre los combatientes que enviaban estas cartas. Salvo algunas escritas a lápiz, todas eran redactadas con pluma, no con estilográfica, sino con tintero, palillero y plumín. La letra era esmerada, con trazos un tanto estilizados de la caligrafía que les enseñaron en la escuela, aunque con faltas ortográficas aquí y allá. Mi hermano es pulcro y se expresa con propiedad y fluidez. De lo que él no era consciente es que las confrontaciones se volvían cada vez más brutales, con muchas pérdidas humanas, destrucción de propiedades y ataques viciosos de ametralladora de los aviones sobre las poblaciones civiles que migraban. Los conservadores apoyaban a José Sanjurjo, Marques del Rif, título otorgado por Alfonso XIII, a Emilio Mola y a otros más, incluido el fascista Francisco Franco, un hombre bajo de estatura y regordete que había logrado triunfos en las colonias españolas al otro lado del Mediterráneo. Este fue transportado por la fuerza aérea alemana e italiana junto con sus tropas, entrenadas militarmente y fogueadas en batalla, en grupos de 50 y 100 soldados hacia Algeciras y otros puertos del Mediterráneo, iniciando la Guerra Civil el 17 de julio de 1936. A partir de ese momento, Bernat iba y venía de los diferentes frentes de guerra; las batallas se tornaban cada vez más cruentas y la población civil se veía afectada por los ataques directos de las ametralladoras de los aviones alemanes e italianos, bombardeos de toneladas de explosivos que destrozaban viviendas, dejando solo despojos y escasez de alimentos. Enteras poblaciones se vieron diezmadas. Con amigas con las que convivía,

participábamos en diferentes organizaciones para apoyar la causa republicana: vendajes, coser uniformes para los soldados, asistir a los hospitales para ayudar a los heridos que venían de los diversos frentes y nos contaban sobre sus batallas. Escribíamos cartas para sus familias con la esperanza de que el correo funcionara. Yo hacía varias semanas que no recibía noticias de mis padres; mis hermanos Santiago, José María y Fernando, y mi cuñado Lázaro estaban destinados a diferentes frentes.

Nos enteramos por el marido de mi compañera Rosa María que habían traído a Madrid a un herido por fragmentos de una carga explosiva durante la primera ofensiva de la campaña de Vizcaya. A pesar de que las fuerzas sublevadas contaban con superioridad naval y aérea (la mayor parte de la flota republicana estaba en el Mediterráneo y solo había un pequeño número de cazas soviéticos), avanzaron relativamente poco debido a la fuerte resistencia que encontraron y a las malas condiciones meteorológicas. En la segunda ofensiva, que comenzó el 20 de abril, los nacionalistas tuvieron más éxito y, cinco días después, se enfrentaron a la línea Guernica-Durango. El 26 de abril, tras bombardear Jaén y Durango, se llevó a cabo el bombardeo de Guernica por aviones alemanes de la Legión Cóndor y aviones italianos del CTV, causando numerosas víctimas civiles y una enorme destrucción. Además de las bombas convencionales, utilizaron bombas incendiarias como parte de un ejercicio y preparación para la segunda guerra mundial que se avecinaba. Su pretexto era destruir un puente para evitar los movimientos de las tropas republicanas, pero ese puente persistió, al igual que un frondoso árbol en el centro de la ciudad. Días después, Bernat recibió un desolador mensaje de uno de sus amigos vascos que vivía cerca de Guernika: “Oso, es inconcebible la maldad y saña de los ataques, con las balas de las ametralladoras que volaban bien bajo para matar a las personas, cuidando de dar en el blanco”.

Perico, el burro de la familia de Luis Iriondo, era muy querido por los niños del pueblo y murió cuando la cuadra se derrumbó en llamas mientras intentaba soltarse, a pesar de los esfuerzos por rescatarlo. En su relato, Luis comentó que al salir del refugio “eché a correr desesperado entre las llamas y la nube de humo que cubría el cielo en busca de mi amigo Cipri”. Sabía que él estaba en un refugio en la carretera de Lumo, desde donde “Guernica parecía una hoguera”. “Al llegar al refugio –añadió– vi que había un gudari (soldado vasco)

con un fusil haciendo guardia en la puerta. Detrás de él, me pareció ver cuerpos de personas, pero cuando me acerqué a mirar mejor, me detuvieron. Nunca pensé que Cipri pudiera haber muerto allí... como me enteré meses después. Exhausto y sin saber qué hacer, subí con mi amigo Eloy (a quien encontré mientras buscaba a su familia) a una loma desde la que se veía todo Guernica". "Ahí, sentados en la hierba, contemplamos cómo ardía nuestro pueblo. La casa donde vivía Eloy, que estaba junto a la mía, era una de las más grandes de Guernica; de repente, las paredes de su casa se desplomaron, produciendo una gran humareda. Eloy, sin emoción alguna, me dijo: 'Allí están mi abuela y mi tía. Una sorda y la otra parálitica'". Se quedaron en silencio durante un largo rato. Cuando Francisco García San Román salió del búnker de la fábrica con su madre y su hermano mayor, de nueve años, señaló los cuerpos sin vida en el suelo: "Amá, mira cómo están estos", exclamó. Y su madre respondió: "Hijo mío, están durmiendo". Después de eso, ni se les ocurrió ir a ver cómo había quedado su casa. Ya no había casa, todo estaba derruido y en llamas.

La destrucción de Guernica se convirtió en un símbolo y evidenció que la Alemania nazi y la Italia fascista de Mussolini habían infringido el Pacto de No Intervención, que fue el pretexto utilizado por Reino Unido y Francia para no apoyar al gobierno legítimo de la II República. Este evento marcó el primer ejemplo de bombardeo de saturación en territorio europeo.

A pesar de los asedios, los edificios destruidos, las alarmas que obligaban a la gente a correr hacia los refugios improvisados, la escasez y las dificultades para conseguir alimentos, así como los cortes de luz; Madrid, con casi un millón de habitantes y más de 200,000 refugiados, mantenía un atisbo de normalidad. La gente seguía yendo a trabajar en el transporte público y se mantenía activa a pesar del terror. Bernat y yo, aprovechando su estancia en la ciudad, hacíamos largas colas para entrar al cine y ver una película con los bailarines Fred Astaire y Ginger Rogers, realidades tan distantes de la vida cotidiana y de las tragedias que se vivían en tantas ciudades y pueblos. Era evidente que en Madrid había personas del bando nacionalista, monárquico y de todas las facciones, pero también había una gran cantidad de sublevados infiltrados, conocidos como la quinta columna. Pandilleros los buscaban para despojarlos de sus propiedades, y algunos incluso lograron hacer fortunas a través de la rapiña.

En la población se extendió la desconfianza, y algunos aprovechaban para “chivatear” a un vecino con el que no estaban de acuerdo, lo que afectaba fuertemente las relaciones. Bernat continuaba como enlace, receptor y transmisor de las órdenes de los altos mandos republicanos, quienes desconfiaban unos de otros. Estos cambios influían en la organización, planificación, decisiones, abastos de material bélico y también en la alimentación de la tropa. Al llegar a una población que ya había sufrido hambre, destrucción y estragos causados por los dos bandos, los soldados enfrentaban resistencia al saqueo de la soldadesca que buscaba proveerse de alimentos y ropa, a diferencia de las tropas de los sublevados, que contaban con el apoyo de una milicia acostumbrada a la disciplina y a obedecer. Durante tres años, Bernat, cuando rara vez se presentaba la oportunidad, pudo acompañarme a visitar a mis padres y llevarles algunas ropas, cobertores y alimentos. Ellos desconocían con exactitud el paradero actual de sus hijos, pero estaban tranquilos porque sabían que estábamos con vida. Al visitar a Doña Luz, notamos que los estragos de la guerra se reflejaban en su cuerpo y en su casa, pero su ánimo no flaqueaba y esperaba ansiosamente tiempos mejores.

Las batallas por el control de Madrid se intensificaban cada vez más, y las estrategias de ambos bandos cambiaban constantemente. Sin embargo, cuando los sublevados lograron acercarse a la ciudad universitaria y a Moncloa, la entrada de los sublevados a Madrid se volvió inminente, presagiando el fin de la guerra civil, a pesar de que aún quedaban muchos reductos donde las tropas republicanas continuaban luchando. Bernat llegó a casa y me explicó con detalle la situación que se estaba viviendo. Me confirmó lo que ya había intuido: tenía un cargo importante y notorio, con información que no podía ser divulgada por el bienestar de la militancia y de muchos involucrados en labores de infiltración en el bando contrario. A pesar de no estar de acuerdo, debíamos abandonar Madrid y, aún más, España. Al reiterarle mi amor, le dije que donde él fuera, sería mi hogar. Me conmovió que quisiera regresar a Bilbao para despedirse de sus padres, y comenzó a elaborar una estrategia para que pudiéramos llegar lo más pronto posible, ya que nuestro visado a Francia aún estaba vigente. “Vístete en varias capas y, a pesar del verano, llevaremos nuestros abrigos para protegernos del frío durante las noches. No llevaremos maletas para evitar sospechas, pero sí tu bolso grande con lo más esencial. También tendremos que

cuidar el dinero, ya que el de la república no será válido, y yo logré cambiar divisas extranjeras para poder subsistir un tiempo”, me dijo. Con la idea del triunfo al ocupar Madrid, desde el 5 de noviembre, la columna jurídica encargada de la represión de los republicanos (ocho consejos de guerra, dieciséis juzgados instructores y una Auditoría del Ejército de Ocupación), comandada por el coronel Ángel Manzaneque y Feltre, se agrupó en Navalcarnero, a treinta kilómetros de Madrid, para esperar la inminente victoria de las tropas sublevadas, conocidas como nacionalistas.

Bernat conocía bien los fuertes reductos de los nacionalistas en Burgos, así que decidió que saliéramos rumbo a Zaragoza, pasando por Teruel, Logroño y Victoria Gateiz, con la intención de intentar entrar a Bilbao. Pasamos por muchas peripecias para evitar ser reconocidos; lo que debería haber tomado medio día, nos llevó tres. Al llegar, se comunicó con la casa de sus padres para pedirles permiso para visitarlos. Su madre estaba muy emocionada, mientras que su padre se mostraba un poco renuente, pero ambos accedieron a la visita. Comenzamos a caminar por la ciudad, que empezaba a recuperarse de los destrozos, y llegamos al barrio de Negurí en Getxo. Todo allí era tranquilo, con extensos prados y jardines verdes, y llegaban aromas de flores y pinos que hacía tanto tiempo no aspiraba. No quería hacer aspavientos frente a Bernat, pero las casas de la alta burguesía y aristocracia eran tan impresionantes que todas me parecían palacios. Bernat, acostumbrado, comenzó a señalar: “Mira, ese es el palacio de los Lizama, más adelante está el palacete del Marqués de Olaso”, y así iba reconociendo cada residencia hasta que llegamos a una amplia verja llena de madre selvas. Uno de los custodios, que Bernat no reconoció, se asomó y, al ver lo maltrecho de nuestra ropa, nos preguntó qué se nos ofrecía, explicando que esa era la residencia de la familia Goicochea Gandarias. Al decir Bernat que era el hijo menor, el incrédulo custodio se fue a preguntar. Se divisaba la gran mansión al final de un amplio jardín con una vereda para los automóviles, flanqueada por grandes árboles que le daban privacidad. Sentí que pasó un largo tiempo hasta que regresó, ofreciendo todo tipo de preocupadas disculpas, y caminamos rumbo a la casa.

El mayordomo, asombrado, veía a Bernat y se quedó sin habla, hasta que finalmente le dijo: “Bienvenido, joven Bernat, qué gusto me da verle.” Bernat lo abrazó y le respondió: “José, ¿ya no me quieres? ¿Por

qué esos formalismos conmigo?” A José se le salieron las lágrimas. Nos llevó a un estudio cuyos ventanales entreabiertos daban a un jardín interior, exageradamente pulcro y con una increíble variedad de flores de distintos colores. La frescura del ambiente y la mezcla de olores ocultaban mi propio olor, impregnado de los vahos de la ropa sucia y sudorosa.

Estábamos entretenidos cuando, de repente, sentimos la presencia imponente del padre de Bernat, quien mantuvo silencio hasta que su madre exclamó con gran entusiasmo: “Hijo, hijo, qué bueno que has venido. Dime, ¿quién es esta bella señorita?” - “Padres, quiero presentarles a mi esposa, Pilar Toledano García. Nos conocimos en casa de mi madrina, Doña Luz, y juntos hemos compartido los avatares de la guerra que, como bien saben, usurpó el gobierno sublevado al régimen electo por la ciudadanía.” - “Dejémosnos de discusiones políticas que no nos han llevado ni llevarán a ninguna parte,” dijo mi padre. “Ve directo a tus aposentos, donde todavía se conserva tu guardarropa. Aunque te veo más delgado, espero que todavía te sirva. Y tú, mujer, acompaña a Pilar y busca alguna ropa que por lo pronto pueda usar. Después de descansar, los esperamos a cenar.”

Solo pude dar las gracias y seguí a la señora que me condujo a un amplio cuarto que me dijo era de su hija Carmen de la Luz. Me buscó un vestido y yo le comenté que en mi bolso traía ropa interior y mis artículos de limpieza que no habíamos podido usar en los tres días que tomó nuestro recorrido. Me enseñó el cuarto de baño y cómo manejar las manijas del agua, además de regular el agua caliente que salía de la regadera de un tubo empotrado en la pared, cayendo dentro de la bañera y de la regadera de mano. Es imposible describir el placer de quitarme la mugre acumulada, el roce suave y templado sobre la piel que llegaba hasta lo más profundo de mis músculos adoloridos, y el aroma del jabón de lavanda que encontré en el descansillo. Después de un buen rato, temiendo que se acabara el agua tibia, me sequé con la toalla felpuda que me había dejado la señora y poco a poco me peiné cuidadosamente con un discreto chongo, como el que llevaba el día en que Bernat me conoció.

Bajé con cuidado al salón, donde ya estaban platicando. El padre preguntó: “¿Y cuáles son tus perspectivas para el futuro?” Le respondí: “Padre, tenemos que abandonar España, pero antes de partir quería pedirles su reconciliación y perdón por mi fogoso

temperamento de juventud. En unos días se terminará este espantoso enfrentamiento de hermanos. Antes, tengo que utilizar los pasaportes de la II República que tenemos vigentes y pasar a Francia.” “Sí, espera hasta mañana. Cenaremos con tus hermanos, cuñados y mis nietos, y pasado mañana al amanecer veré que te lleve nuestro chofer hasta la frontera con Francia.”

Salimos a dar un paseo por la ciudad, que se encontraba en un estado mixto de abandono y recuperación. Era evidente la influencia del fascismo al ver a algunos luciendo boinas con la esvástica nazi. De repente, un amigo de Bernat se acercó discretamente y le dijo: “Estás en peligro. La ciudad se ha convertido en un bastión nacionalista. Las nuevas autoridades franquistas en Bilbao, tras su conquista militar en 1937, impusieron un modelo de fiesta, la ‘Fiesta de Liberación de Bilbao’, que conmemora la victoria de los sublevados y su entrada en la ciudad. No es solo una celebración, sino que también es uno de los mecanismos coercitivos y vengativos que el Nuevo Estado y las autoridades vizcaínas utilizan para recordar a los vencidos que el poder y la autoridad franquista son y serán omnipresentes. A los hombres y mujeres republicanos que consideran involucrados, los arrestan, los encarcelan de inmediato y, tras un juicio sumario muy rápido, los fusilan o mantienen en prisión. No sé si te has enterado de las multitudes que siguen abandonando Barcelona y otras zonas como Aragón, Valencia, Murcia e incluso Andalucía. Todos, a través de Cataluña, intentan llegar a Francia para escapar de las brutalidades de los sublevados, que, incluso en estas largas y sufridas columnas en los caminos, acribillan con las ametralladoras de los aviones a baja altura, deleitándose en buscar blancos precisos. Un verdadero infierno.

Al regresar a la casa de sus padres, al ver a su hermana, la abrazó con alegría y le dijo: “Carmeluzá, te ves muy guapa, se nota que Adrián te trata bien.” El mayor, que tiene cinco años y lleva el mismo nombre que su padre, es un bebé que sorprende por su parecido y su robustez; es muy parecido a ti, mi oso fuerte, y también lleva tu nombre. Estaban presentes su hermano mayor, que se llama como su abuelo, su padre, y su hijo de 8 años, Iñaki, junto a su esposa Itziar. Argider estaba con Nubia y su hija de 4 años, Carmen de la Luz, como su abuela, e Iker con su prometida, Amaia. Bernat, de manera muy formal, me presentó como su esposa, Pilar Toledano García. Después de disfrutar de unos aperitivos en el salón, nos dirigimos al amplio

comedor, donde nos sentamos cómodamente para disfrutar de los deliciosos platillos que habían preparado. Me sentí en paz, contenta y muy agradecida con Doña Luz por haberme enseñado el arte de comer bien, utilizando todos los cubiertos y copas imaginables. Este detalle no pasó desapercibido para todos, lo que ayudó a calmar los ánimos y a mantener una conversación ligera en la que Bernat no profundizó en sus actividades, enfocándose en hablar sobre las diversas regiones que había visitado en España y, de manera sutil, sobre su viaje a Lisboa, aliada de los sublevados y bajo el régimen del dictador Salazar. Tras la exquisita cena, pasamos al salón para tomar té o café, acompañado de una variedad de postres que me eran desconocidos, con nombres difíciles de recordar, pero que aún conservo en mi memoria por sus deliciosos sabores: algunos de leche, con nueces, con almendras, unos de consistencia semilíquida, otros tan blandos que se deshacían en el paladar, y otros en forma de palanqueta que, al comerlos, sentía que podía romperme las muelas.

Poco a poco se fueron despidiendo, y Bernat conversó un rato más con sus padres. Les pidió que, si no les era molesto, lo más prudente sería salir de inmediato y cruzar la frontera hacia Francia. Su padre le ofreció un buen fajo de billetes franceses, que Bernat agradeció pero no quiso aceptar. Su madre, con lágrimas en los ojos, nos dio su bendición, y momentos después salíamos en su coche rumbo a San Sebastián, Irun, Donostia y Hendáia. Cruzamos la frontera a pie, como si hubiéramos ido a España por el día, y ya en suelo francés nos sentimos a salvo. Pasamos la noche en una hostería, donde la comida tenía otro tipo de preparación, aunque también era básica. Sin embargo, el manejo de los ingredientes y los sabores diferentes nos sorprendió. Brindamos con un delicioso vino tinto de la casa, y después de varias copas bien merecidas, subimos a disfrutar de nuestro amor y unión en la paz que no sentíamos desde hacía tanto tiempo.

Al día siguiente, mientras proseguíamos el camino hacia Burdeos, me atreví a preguntarle a Bernat: “Sé que no debes compartir tus obligaciones conmigo, pero ahora entiendo las razones por las que tuvimos que abandonar nuestro país como fugitivos. Escapándonos, pero ahora quiero preguntarte hacia dónde vamos y qué haremos.”

“Tengo que ponerme en contacto y entregar documentos a la representación de la Segunda República en Francia, a los principales dirigentes españoles que se han refugiado aquí: Juan Negrín, quien

dirigió la República Española de mayo de 1937 a abril de 1938, Marcelino Domingo y Julián Zugazagoitia. Mi objetivo es consolidar las respuestas de las diferentes facciones republicanas en un solo bloque común y transmitir información sobre los apoyos que hemos recibido del gobierno de México, a través de nuestro embajador Adalberto Tejeda Olivares.”También debo esperar y entregar un documento del embajador Narciso Bassols García, que México envía a Francia. Cuando la República Española cayó el primero de abril de 1939, esta guerra civil, la más cruenta que había vivido España, duró exactamente dos años, ocho meses y dieciséis días.

Llegó el momento en que debíamos tomar una decisión, y Bernat me pidió que saliera hacia México en el siguiente buque de refugiados, prometiendo que llegaría más tarde para reunirse conmigo, ya que aún tenía que ayudar a otros refugiados que habían llegado a los campos en Francia desde la región de Barcelona. Me dio parte del dinero francés que tenía y así partí en el buque Sinaia, junto a más de 500 intelectuales españoles rumbo al exilio en México.

El embarco se anunciaba con el ulular de la sirena del vapor, resonando en el alma de los pasajeros, mientras una terrible aprehensión por el futuro se cernía sobre ellos, un inmenso océano de incertidumbre que nadie podía prever, pero que debían afrontar. Bernat, al dejar de escuchar el triste ulular, vio al Sinaia desvanecerse en la distancia, y Pilar, al separarse de la borrosa costa europea cubierta por una densa bruma. Sus vidas quedaban suspendidas en esa inmensidad de mar y cielo, entre el pasado y el futuro.

Pilar pasó momentos muy incómodos, vomitando constantemente la poca comida que podía ingerir. Al llegar al puerto de Veracruz, una comisión nos estaba esperando, con la que viajamos a la Ciudad de México. Al llegar, fui a la Asociación Benéfica Española, donde me informaron que estaba embarazada de varios meses, algo que no imaginaba, ya que pensaba que la falta de mi regla se debía a la debilidad y las preocupaciones. Me instalé en un departamento en las calles de Laredo y Ámsterdam, esperando la llegada de mi marido. Como ves, Clarita, llevo casi 7 meses de embarazo y me he sentido bien, pero no he recibido cartas de mi marido, ni de mis padres o hermanos. Al igual que tú, estoy muy preocupada por la falta de información real sobre lo que está sucediendo en Europa. Me paso el tiempo bordando y haciendo vestidos para niñas y

señoras, así he ido pasando los días. Compré a plazos mi máquina de coser Singer y otros enseres para ir amueblando mi humilde casa, que, Clarita, está a tu disposición.

Bernat



Después de la hazaña que implicó cruzar la frontera con el visado a punto de expirar, Bernat y Pilar se encontraban en Francia al finalizar la guerra civil española, el mismo año en que los alemanes llevaron a cabo la invasión de Polonia. Pasaron semanas y meses en incertidumbre, mientras la guerra se cernía sobre el resto de Europa. Bernat se dedicó en cuerpo y alma a ser parte del equipo que negociaba las condiciones para los refugiados que, desde finales de enero de 1939, llegaron a Francia. Se encontraba junto a las diferentes facciones discrepantes del gobierno en exilio, cada día más involucrado en el rescate y destino de los cientos de miles de refugiados que, con el viento frío de la montaña nevada de la frontera con España, escapaban atravesando los Pirineos orientales en medio de la crudeza del clima, en los estertores de la Guerra Civil.

Como consecuencia del avance franquista en Cataluña y su entrada a Barcelona, se produjo el éxodo masivo, entre enero y febrero de 1939, de cerca de medio millón de españoles que, cruzando los Pirineos, huían de las represalias del bando ganador de la Guerra Civil española; es lo que se conoce como “Retirada”. Caminaban lentamente, llevando consigo lo que habían podido salvar de sus hogares abandonados en el último minuto: fardos improvisados,

viejas maletas, cazos de cobre, algún recuerdo familiar, etc. La mayoría iba envuelta en mantas para protegerse del frío. El silencio de una columna de hombres, mujeres, niños y ancianos era roto únicamente por el ruido de los aviones que volaban a baja altura para ametrallar y bombardear a la muchedumbre. Los españoles que huían de la guerra acabaron en otra pesadilla, enfrentándose a las duras condiciones de los campos de concentración en Francia. El gobierno democrático de Francia, durante la III República y aplicando la legislación sobre emigración del gobierno de Daladier de 1938, implementó una política de internamiento de los refugiados españoles en campos del Midi francés. Los refugiados, al cruzar la Junquera, llegaron a la playa de Argeles Sur Mer - Argelers de la Marenda en catalán-, una extensa franja de arena situada a poco más de treinta kilómetros de la frontera que separa el estado francés del español, en la pequeña localidad de Argelès-sur-Mer, en el departamento de Pirineos Orientales, a 35 km de la frontera de Portbou. Dos kilómetros de playa en una zona abierta y desprotegida, donde la humedad y el viento eran insoportables; uno de los peores lugares para establecer un campo de concentración. A pesar de esto, las autoridades francesas no dudaron en ubicarlo allí. Decenas de miles de españoles, sorprendidos y sufridos, se encontraban en manos de los esbirros franceses, preguntándose sin entender lo que les estaba sucediendo, con motivos cada día menos claros pero terriblemente contundentes. ¿Dónde habían quedado las esperanzas de una vida mejor? Fueron confinados en campos como el de la Playa de Argeles, enfrentándose a duras circunstancias de hambre, sed, piojos, diarreas, enfermedades contagiosas, entre otros.

Un “campo de concentración” rodeado por tres vallas que mantenía a miles de personas internas, mientras el Mar Mediterráneo actuaba como una cuarta pared para su confinamiento. A pesar de la apertura de múltiples campos, las playas se convirtieron en el espacio natural que las autoridades francesas utilizaron para establecer los emplazamientos: Argèles-sur-Mer, Saint Cyprien y Le Barcarès, en el departamento de Pirineos Orientales, fueron los primeros campos creados para internar a los refugiados españoles.

Ante el hacinamiento en los llamados “campos de arena”, se abrieron otros más hacia el interior o más alejados de la frontera, como el de Bram (departamento de Aude), el de Agde (Hérault), el de Rivesaltes

(Pirineos Orientales), Septfonds (Tarn-et-Garonne) y el de Gurs (Bajos Pirineos), entre otros. También existieron campos de castigo o represión, como el de Vernet d'Ariege.

El hambre era una constante en los centros donde se recluía a los españoles, que en algunos casos pasaban semanas enteras sin recibir comida. Otra de las penurias que sufrían los republicanos era la sed. “No había apenas agua. Había una bomba de mano para sacarla, pero como la gente defecaba en la arena, esa agua estaba contaminada, y muchos murieron por eso”.

El Gobierno colaboracionista francés ni siquiera permitía que la comida recogida por la sociedad francesa llegara a los españoles. En estas condiciones, muchos refugiados se desmoronaban psicológicamente; algunos tenían esposas e hijos en España y nunca recibieron noticias de ellos. No era fácil escapar de los campos; en las localidades cercanas, las calles estaban llenas de policías buscando a quienes intentaban huir. Muchos españoles terminaron siendo encarcelados varias veces tras escapar y ser nuevamente capturados.

Estos campos de refugiados franceses, que concentraron el exilio republicano español de 1939, fueron la antesala de los campos nazis, sin solución de continuidad.

Estos campos no serían desmontados hasta el final de la II Guerra Mundial, bajo el régimen de Vichy, destinados a la población “indeseable” – judíos, gitanos y apátridas.

El trato que recibían en los centros era inhumano, ni siquiera se le daría a animales. Antes de entrar, los bañaban con agua con azufre que ya no era amarilla, sino negra, porque antes habían bañado a muchas personas. Tuvieron que enfrentar duras condiciones de vida y muerte. La Iglesia Católica Apostólica y Romana había declarado a los republicanos españoles como “demoníacos”, por lo que no se les permitía ser enterrados en cementerios católicos; las primeras personas fallecidas fueron enterradas bajo la arena de la playa.

“Ante la llamada del ayuntamiento de Argèles sur Mer, un vecino cedió un terreno de su propiedad para que sirviera como cementerio para los refugiados. Estas condiciones se agravaron con el hacinamiento debido al flujo de refugiados, que aumentó como resultado del estallido de la Segunda Guerra Mundial; se requería la ayuda de las naciones amigas para los ciudadanos republicanos.

Los clamores de ayuda en España, Francia y Portugal hacían imperativo el auxilio de los países hermanos, especialmente México, que representaba aspectos socialistas, pero no comunistas como en Rusia, donde habían enviado en custodia la mayor parte del tesoro en oro del gobierno republicano, que también servía como garantía para los suministros militares al gobierno de la república. Otra parte importante de las reservas se envió a Francia para su custodia y uso en las necesidades de alimentación y protección.”

A comienzos de 1939, los dictadores Salazar de Portugal y Franco de España firmaron un «Tratado de amistad y no agresión» en Lisboa el 8 de marzo de 1939. Este tratado se amplió más tarde en lo que se conoce como «el pacto ibérico» de 1942. Aunque no incluía un acuerdo explícito de cooperación en materia de refugiados, sí establecía una base de amistad y buenas relaciones que influyeron en la política portuguesa hacia los españoles que cruzaban sus fronteras de manera irregular, huyendo del franquismo.

Desde inicios de 1937, el presidente de México, el General Lázaro Cárdenas, comenzó a apoyar a los republicanos. Nombró a Rogelio Bosques Zaldívar como cónsul general en Francia, con la misión de ser su enviado personal en Europa. Bosques llegó con instrucciones amplias para establecer el consulado donde le pareciera conveniente; primero viajó al sur y luego a la costa norte. Inicialmente restableció el consulado general en Bayona, pero luego se trasladó con su familia y todo el consulado a Marsella, en el Mediterráneo, dentro de la zona del Gobierno francés de Vichy, que era nominalmente independiente de los alemanes.

Su primera tarea fue defender a los mexicanos que residían en la Francia no ocupada, pero pronto comenzó a proteger a otros grupos. Apoyó a mexicanos de origen libanés, a judíos polacos y alemanes que vivían en Francia, otorgándoles no solo visas, sino también pasaportes mexicanos. Sin embargo, su principal enfoque fue ayudar a los refugiados españoles que intentaban escapar de los nazis y del régimen franquista.

La afluencia de refugiados que buscaban una visa mexicana era tan grande que Bosques decidió alquilar dos castillos (el de Reynarde y el de Montgrand) para convertirlos en centros de asilo mientras se organizaba su salida hacia México. Entre 800 y 850 refugiados fueron

alojados en uno de los castillos, mientras que en el otro se quedaron los niños que fueron enviados con el consentimiento de sus padres hacia México. Poco a poco, más exiliados republicanos comenzaron a salir, y el gobierno mexicano les ofreció la nacionalidad mexicana de inmediato si así lo deseaban.

Más tarde, Bosques estableció una oficina jurídica para defender a los republicanos ante los tribunales, ya que el franquismo exigía su extradición al gobierno de Pétain. Abogados franceses y españoles trabajaron en esta oficina, que solía ganar los casos debido a la debilidad de los argumentos presentados por los letrados al servicio de Francisco Franco.

Bernat se puso en contacto con el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles o Servicio de Emigración de los Republicanos Españoles (SERE), el primer organismo de ayuda a los republicanos exiliados a causa de la Guerra Civil Española, creado en París en febrero de 1939 y bajo la dirección de Juan Negrín. En julio de 1939, se formó la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles, presidida por Pablo de Azcárate, quien había sido embajador de España en Londres durante la guerra, aunque el verdadero control estaba en manos del ministro de Hacienda en el exilio, Francisco Méndez Aspe.

En México, se creó el Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados Españoles (CTARE) en representación del SERE, encabezado por el doctor José Puche Álvarez, cuyo objetivo era recibir, alojar, proporcionar asistencia y distribuir a los inmigrantes por el territorio mexicano.

“¡Salvemos a la niñez! ¡Inscriba a sus hijos en la expedición de México!” decía el cartel del gobierno republicano. Los padres se debatían entre mantener a sus hijos a su lado, a pesar del constante riesgo de bombardeos y la escasez de alimentos, o aceptar la urgente invitación para separarlos de esa amenaza incesante. Para aquellos que tomaron la decisión, la mañana del 26 de mayo marcó el día en que sus hijos partieron desde Burdeos en el vapor Mexique. Se esperaba que fueran quinientos, pero solo abordaron cuatrocientos sesenta y tres pequeños, acompañados por veintinueve adultos, entre ellos profesores, médicos, enfermeras y cuidadores. No todos eran huérfanos; la mayoría había sido dejada en el tren por sus propios padres, quienes confiaban en que en unos meses serían

repatriados a España. Siempre se les conoció como los niños de Morelia, la ciudad que los acogió y cuidó.

Después de tres meses de intensos trámites, el consulado finalmente logró organizar las solicitudes de cerca de cinco mil refugiados que habían sido trasladados de los campos donde sufrían las inclemencias del tiempo y un hambre atroz. Fueron rescatados y llevados a una sección especial del campo de Barcaès, que los guardias llamaron “Campo de los Mexicanos”, y de ahí fueron enviados por ferrocarril hasta el puerto de Sète. El Sinaia ya estaba allí, esperando. Bernat logró el 13 de junio de 1939, embarcar a Pilar en el Sinaia con destino a México.

A bordo del navío viajaban poco más de trescientas familias de escritores, ingenieros, periodistas, abogados, mujeres y niños, entre los que se encontraban nombres como Pedro Garfias, Tomás Segovia, Ramón Xirau, José Gaos, Eduardo Nicol, Adolfo Sánchez Vázquez, Julio Mayo, Manuel Andújar y Benjamín Jarnés.

El Sinaia llegó al puerto de Veracruz el 10 de julio de 1939. Un mes después, el Ipanema atracó con otros novecientos noventa y ocho refugiados, y el 10 de julio, el Mexique zarpó del muelle de Sète con dos mil pasajeros más, quienes veían en el nombre de México una esperanza.

El SERE fue responsable de algunas de las expediciones de refugiados hacia América más conocidas: a bordo del buque Sinaia (25/05/1939-Veracruz 13/06/1939; 1599 refugiados), el Ipanema y el Mexique. Se estima que alrededor de 6000 refugiados llegaron a los Estados Unidos Mexicanos gracias al SERE. A estos buques se suma el viaje del Winnipeg, gestionado por Pablo Neruda, que arribó al puerto de Valparaíso (Chile) el 3 de septiembre de 1939 con aproximadamente 2200 pasajeros.

Gilberto Bosques, con su conocimiento del derecho internacional y su meticulosa aplicación, utilizó sus habilidades ante el gobierno francés y los abogados leales a Franco para lograr un acuerdo que permitiera a México recibir a los refugiados españoles, motivado por razones históricas y con el objetivo de ayudar a Francia a mitigar sus problemas internos. México se comprometió a ofrecer apoyo económico y transporte a los refugiados españoles que, deseando emigrar a México, permanecieran en Francia hasta su partida. Para ello, la legación de México proporcionaría un servicio especial en

colaboración con la administración francesa, con la que a menudo tenía enfrentamientos.

Con el inicio de la II Guerra Mundial, los españoles no tenían muchas opciones. Muchos republicanos se alistaron en el ejército francés para combatir a los nazis, otros se establecieron en Francia y algunos regresaron a la España franquista, atraídos por la falsa promesa de que no serían encarcelados si no habían cometido delitos de sangre.

A finales de 1939, Francia establece las Compañías de Trabajadores Españoles (CTE), divisiones que participan en proyectos como la fortificación de la Línea Maginot y que están presentes en todos los frentes de batalla. Se estima que casi 30.000 españoles fueron alistados: 19.000 ‘voluntarios’ y otros 10.000 reclutados sin su consentimiento. A pesar de formar parte del ejército francés, eran tratados más como prisioneros que como soldados. Se dieron órdenes de, literalmente, “matar como un perro” a quien intentara desertar. Algunos republicanos llevaron a cabo heroicas acciones de guerra, como los miembros de ‘La Nueve’, la división que liberó París, compuesta por 146 españoles de un total de 160, de los cuales solo 16 sobrevivieron.

Sin embargo, la mayoría de ellos enfrentó un destino más trágico y alejado de las hazañas que se relatan en los libros de historia. Cuando Francia es invadida por los nazis, los españoles de las CTE son encerrados en campos de prisioneros de guerra que comparten con los franceses, donde las condiciones eran razonablemente aceptables. Los alemanes consultan al colaboracionista Philippe Pétain sobre qué hacer con ellos, y el general francés decide desentenderse.

Abandonados a su suerte, los republicanos ni siquiera tienen el estatus de prisioneros de guerra y son enviados a campos de concentración nazis. Nueve mil españoles terminan en lugares como Mauthausen, Dachau o Buchenwald, donde también son enviados algunos de los que aún quedaban en los campos de concentración franceses; solo una pequeña parte de ellos logra sobrevivir.

Los relatos que han llegado hasta nosotros de los internados en estos lugares son unánimes al referirse a ellos como campos de concentración en sus testimonios, el mismo término que utilizaba la documentación administrativa francesa.

Durante la década de 1940, el exilio republicano “permanente” se formó por alrededor de 220,000 personas, entre las que se encontraban excombatientes, políticos y funcionarios comprometidos con la causa republicana. También había miles de familiares y civiles, un número considerable de niños, intelectuales, figuras culturales y artistas, científicos, docentes y profesionales cualificados que estaban en riesgo de represalias por parte del régimen nacionalista.

Una de las muchas misiones de Bernat era infiltrarse, regresar, entrar, buscar y sacar a estas personas de España.

La Falange y los abogados afines al régimen se aprovechaban de la desesperación de quienes intentaban liberar a sus familiares de las cárceles. Había tantos presos que el negocio era muy lucrativo; muchas veces no se lograba nada, pero las familias pagaban, empeñando y vendiendo lo que tenían. Debían tener paciencia y esperanza, que eran más que necesarias cuando las situaciones se volvían difíciles. También se necesitaba que alguien de la Falange, además de un cura, avalara al condenado; la carta del cura de la parroquia servía para garantizar que el inculpado siempre había sido un buen católico que asistía a misa cada domingo y respetaba las festividades religiosas. Era necesario convencer a un necio amedrentador, un párroco regionalista lleno de rencores, que se disfrazaba de portador de la verdad y la justicia divina y civil con su ignorancia.

Pero, ¿quién era realmente este párroco? Solo era un instrumento de los poderosos, caciques y jerarquías del clero, que era el mayor propietario de tierras en España. Su único interés era mantener al párroco y a las monjas obedientes y sometidos a la fe que se había instaurado desde generaciones. Además, mantenían al pueblo en la ignorancia, creando misticismo y dogmas a su alrededor para mantenerlos temerosos, abatidos y completamente sumisos. Vendían su libertad y la de sus hijos; todos eran cautivos durante generaciones, sin ninguna oportunidad de adquirir conocimientos, derechos o aprender a comerciar, lo que en algunos casos podría haber llevado a la formación de una mínima clase media que enviara a sus hijos a las mismas escuelas religiosas y retrógradas. Sin embargo, la educación permitía acceder a otro tipo de conocimiento y a rebelarse contra el clero, aunque esto conllevaba el riesgo de excomunión y de que, al morir, no obtuvieran el derecho a la vida

eterna. Despojándose de los temores de sus padres y de la sociedad en general, adquirieron conocimientos que llegaban de países que también se liberaban del yugo de la estricta religión, la iglesia y el Vaticano. Así, comenzaron a surgir y transmitir sus ideas como rebeldes con propuestas de cambio, consideradas socialistas o comunistas, dando origen a nuevos movimientos civiles y políticos.

Los que Bernat lograba rescatar debían mantenerse ocultos en Francia hasta conseguir visas para enviarlos a los principales países de destino, especialmente México, Argentina y la Unión Soviética. Sin embargo, también se brindó apoyo a grupos importantes en otros países europeos y americanos como Chile, Colombia, Venezuela, Cuba, Perú, República Dominicana, Estados Unidos y el Reino Unido.

Al comenzar la guerra civil española, Franco solicitó asesoría a la Alemania de Hitler para establecer campos de disidentes en España, similares a los que existían en Alemania desde 1933. Estos, junto con los campos de refugiados franceses que concentraron el exilio republicano español de 1939, fueron la antesala de los campos nazis, sin interrupción alguna. Los campos de concentración españoles que los nazis crearon se tomaron como modelo. Más de medio millón de personas terminaron en los 188 campos que se “levantaron” en España durante la Guerra Civil y también en la posguerra.

De todas las historias que se han olvidado intencionalmente del siglo XX en España, esta es, sin duda, la más cruel. Cuando pensamos en campos de concentración, nos vienen a la mente las atrocidades que cometieron los nazis contra los judíos y otros supuestos “enemigos” de la normalidad; creemos que esto no ocurrió en España, pero estamos equivocados: hubo 188 –sí, se ha leído bien– campos de concentración tan duros y brutales como los nazis. La única diferencia es que aquí no existió una “solución final industrializada”, que es como se conoce el exterminio de los prisioneros con gases en los campos alemanes. No se trata de buscar culpables ni señalar con el dedo, sino de recordar y tener presente que esos campos representan lo peor que ha vivido la historia de España. No es que existieran en ambos bandos, porque no fue así, sino que tras la guerra se convirtieron en algo “normal” durante la dictadura. Finalmente, fueron destruidos –lo que se podía destruir, ya que eran básicamente barracones– y durante la Transición, su recuerdo fue borrado. Y es que los nazis tomaron como ejemplo a

España para duplicar la barbarie. De hecho, un oficial de la Gestapo afincado en España tuvo un papel importante en su construcción y en la “filosofía” que había detrás de ellos.

Ese señor era uno de los ideólogos de la confusa teoría nazi, se llamaba Paul Winzer, y se perdió su rastro para siempre en 1945, cuando se encontraba en algún lugar de España. Fue uno de los hombres señalados por Heinrich Himmler –el responsable de la “solución final”, que resultó en la muerte de millones de personas en los campos de concentración de Alemania y Polonia–, para unirse a su guardia pretoriana y convertirse en uno de los propagadores de la ideología nazi en el mundo. La mente maestra del nazismo lo eligió como el hombre de la Gestapo en España. Como jefe de la policía secreta nazi, su misión era vigilar y controlar a todos los enemigos, no solo a aquellos que pensaban de manera diferente a lo que los fascistas consideraban correcto, sino también a quienes temían que su libertad fuera perjudicial para sus intereses. Entre sus macabros planes, Heindrich pensaba que, tras la victoria nazi, también exigiría a España el pago de la deuda generada por el apoyo que los nazis brindaron al bando franquista durante la guerra, a pesar de su “unión” ideológica con ellos.

“Crearemos campos de concentración para vagos y maleantes, para políticos, para masones y judíos, para los enemigos de la patria, el pan y la justicia. En el territorio nacional no puede quedar un solo judío, ni un masón, ni un rojo”, se podía leer en un alegato de los nacionales publicado por un periódico gitano. “Tendréis envidia de los muertos”, afirmó uno de los líderes del régimen, Ernesto Giménez Caballero. Fue un anuncio de lo que les esperaba a quienes llegaran allí. Se estima que alrededor del 10% de todos los prisioneros que pasaron por los campos de concentración en España pudieron morir durante su estancia en esos lugares. Son más de 50,000 víctimas que han sido ignoradas por unos y otros y que no se registran en los archivos oficiales ni oficiosos.

Se podría pensar que era uno más de los muchos nazis que tuvo la Alemania de la época en España, pero lo que pocos saben es que fue elegido por el régimen de Franco para crear y dirigir el campo de concentración de Miranda de Ebro (Burgos), un lugar que, aunque se dice que fue el último campo de concentración en España, cerró sus puertas en 1947 y por él pasaron 65.000 personas en sus 10

años de existencia. Hoy no queda nada de él, solo algunas tapias y ladrillos mal colocados. Su existencia se ha borrado. Y casi nadie quiere recordarlo, aunque algunos lo hacen: “No sé cómo salí vivo de allí. Intentaban engañarnos para que dijéramos que habíamos matado a gente. Algunos salían al campo y no volvían; dormíamos en el suelo, en barracones sin ventanas. Había piojos por todas partes. Pasábamos hambre. Hubiera sido mejor que nos fusilaran el primer día”, recordaba Félix Padín, uno de los que estuvo en este siniestro lugar en diferentes épocas. Su testimonio es estremecedor: “Al fondo del campo y sobre el río estaban los retretes a los que llamábamos ‘el ciscar’. Consistían en una plancha de tablones con unos agujeros donde hacíamos nuestras necesidades. Todo lo sobrante de cada uno iba a parar al río... En algunos lugares el barro llegaba hasta las rodillas y en otros más arriba. El trato por parte de quienes nos cuidaban era vejatorio. No sé si eran órdenes o si eran hombres vengativos que disfrutaban viendo a miles de hombres humillados y vencidos por el hambre y la miseria. Aunque muchos hombres estaban mutilados, les golpeaban con gran cantidad de palos y castigos. Los alojamientos eran inmundos: barracones de pésima construcción y hechos de manera muy deficiente, con tablas y rendijas. Dormíamos todos amontonados, en el suelo, sobre toda la humedad. Nos humillaban, pero según ellos, su intención era convertirnos y hacernos dignos de la clemencia. A pesar del frío y las nevadas, contábamos con poca ropa, y vivíamos en una miseria tanto moral como material, con piojos y barro, pero nos faltaban calzado y calorías... “Al igual que el café, la comida te provocaba colitis; si te morías, lo hacías cagando”.

“El estudioso Javier Rodrigo no duda en calificar todo el proceso de los campos de concentración en España como un tormento y una forma de exterminio. Recuerda: “En el campo de Albaterra, el lugar donde se defecaba fue llamado por los presos ‘muro de los tormentos’: allí, el esfuerzo para expulsar las duras bolas de excremento, sumado a la degradación de las condiciones físicas, hacía que muchas veces los internos se desmayaran sobre sus propias heces”.

“Los primeros campos de concentración se abrieron en 1937, a medida que avanzaban las tropas nacionales. Tras la guerra, la red se expandió, y lugares como el de Miranda permanecieron abiertos hasta 1947, con muchos otros que tuvieron prisioneros con cadenas perpetuas hasta 1960. Las propias autoridades se referían a estos

lugares como campos de esclavitud: en 1939 se creó la llamada “Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros”. Según los datos, en esos lugares había hasta 277.103 personas, que formaron parte del proceso de reducción de penas impuesto por la dictadura a cambio de trabajo, en “El Valle de los Caídos”, dedicado a Franco, Primo de Rivera y a los falangistas”.

Hagamos un poco de historia. Todas las fuentes indican que el primer campo de concentración de la historia estuvo en la Isla de La Cabrera en 1808. Allí se enviaron a más de 10,000 soldados franceses que intentaron invadir España durante la Guerra de la Independencia. Este hecho marca un principio fundamental en la existencia de enemigos sin juicio ni acusación. Esta idea se reflejó en los prisioneros de los campos de concentración en España cuando se estableció el de San Pedro de Cardaña en Burgos. En ese lugar, se asignaron a dos médicos para estudiar a los prisioneros, siguiendo las directrices de Antonio Vallejo Nájera, el asesor psiquiátrico del franquismo, quien en esos años había afirmado que, según sus estudios –evidentemente desacreditados por todos los expertos–, los marxistas y personas de izquierda presentaban una serie de características sociales y físicas: “Teníamos el objetivo de hallar las relaciones que puedan existir entre las cualidades biopsíquicas del sujeto y el fanatismo político–democrático–comunista”. Llegó a la irracional conclusión de que había una alta incidencia de ese fanatismo político de izquierda en lo que él denominó “inferiores mentales”. Según sus palabras, “fomentan complejos de rencor y resentimiento que se traducen en una conducta antisocial”. Ese fue el parámetro que se utilizó. Estas ideas, como él mismo defendió, podían ser tratadas en lugares específicos donde se reeducaran estas conductas que, según sus tesis, afectaban más a las mujeres que a los hombres, debido a que ellas tendían más a la inestabilidad.

“Labilidad psíquica”, decía. “Ellas tienen una irritabilidad propia de la personalidad femenina”, arremetió. En ese campo de concentración, los agentes de la Gestapo –la policía secreta alemana– solían acudir para supervisar los avances que se realizaban. Tomaron “buena” nota de ellos, considerando que sus campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial fueron los peores que jamás hayan existido. A esto se sumó el concepto de raza, junto con el hecho de que quienes sostenían ideas diferentes eran perseguidos.

“Esta misma historia nos indica que otro gran antecedente también está relacionado con España durante la guerra contra los nativos cubanos. Este lugar fue establecido, en general, por el condecorado Valeriano Weyler, quien concentró a los campesinos de Cuba que buscaban la independencia. Se estima que hasta un tercio de la población de la isla pudo morir en estos lugares, donde las condiciones higiénicas eran terribles y la alimentación, insuficiente. El historiador Miguel Leal Cruz señala que el número de fallecidos pudo variar entre 300.000 y 600.000. Los ingleses, en la represión de los bóers en Sudáfrica, y los nazis, en la represión de los judíos, tomaron nota del “éxito” de Weyler. Ahí radica el origen de esta locura.”

No hay que confundirse; no se trataba de cárceles en malas condiciones, sino de lugares –denominados Campos de Concentración por el propio régimen– donde se reunía a todos aquellos que durante la guerra y después se opusieron al régimen. No eran prisiones; era mucho peor. Para los que estaban al mando, eran Batallones de Trabajadores: “Eran el enemigo interno, y debían ser sometidos, reeducados o exterminados”, afirma Javier Rodrigo, de la Universidad de Zaragoza, en su trabajo titulado “Internamiento y trabajo forzoso: los campos de concentración de Franco”. En este estudio se revela la realidad de los presos: trabajadores sin derechos, a quienes les esperaba la muerte. A menudo, se limitaban a cavar y extraer tierra en los campos donde estaban, y en otras ocasiones eran enviados a trabajar en obras que requerían su mano de obra. Recibían 0,5 pesetas por día de trabajo, aunque no se les proporcionaba nada, ya que se consideraba que su manutención debía salir de esa cantidad. Más de 500.000 personas llegaron a estar en estos campos. Además, la “educación” religiosa y la promoción de una ideología afín al régimen eran objetivos de los mandos que torturaban a estos antiespañoles –como los calificaban–, lo cual era parte de la misión de quienes los capturaron: “Como indicaba la documentación oficial, cuando no se trabajase, el personal encargado de los prisioneros debía asegurarse de que estos observaran un régimen interior moral, con lecturas, cantos, ejercicios, recreos y conferencias, con el fin de encauzarlos en el nuevo sentir de la patria”. El mismo investigador señala: “Estaban internados meses o años en condiciones higiénicas deplorables, con escasa alimentación y peor abrigo. Los prisioneros de guerra, a quienes llamaban defensores de la antiespaña, debían rendir tributo en forma de sufrimiento y trabajo”.

En los campos nazis, la figura del guardián representaba el mal en su forma más pura. Eran personajes crueles y aterradores, auténticas bestias... No dudaban en golpear a los presos, fusilarlos, darles palizas o disparar para intimidarlos. Eran sádicos en toda regla, y su crueldad no se limitaba a Alemania; también existieron figuras de este tipo en los campos de concentración españoles. En el de Aranda de Duero (Burgos), a un preso llamado Maximiliano Fortún le propinaron una brutal paliza que solo se detuvo cuando su cuerpo estaba cubierto de sangre. En ese momento, los captores aprovecharon para ponerle la camisa, haciendo que las heridas se adhirieran a la tela y el dolor se volviera insoportable. En esas mismas fechas, el guardián del campo de San Juan de Mozarrifar ataba las muñecas de los presos al mástil de una bandera si no cantaban el “Cara al sol”. Mientras tanto, el guardián de Albaterra disfrutaba disparando en la oscuridad de la noche para aterrorizar a los presos; fue él quien ordenó fusilar a un fugado y lo exhibió sin vida ante 12.000 prisioneros, castigándolo por ir al baño en un momento inapropiado. Podríamos pasar horas recordando las atrocidades que se cometían en estos lugares...

Los campos de concentración fueron difíciles en todas partes, pero en Andalucía alcanzaron una forma extrema, con 55 de los 188 conocidos. Uno de ellos era el de Saltés, en Huelva, una isla que, por su geografía, servía para mantener a los prisioneros alejados de la civilización: “Se llegaron a hacinar casi 3.200 personas en los meses posteriores al fin de la guerra. No tenían ropa y la comida consistía en un trozo de pan con agua caliente donde se cocían huesos en mal estado: la gente de la otra orilla los veía deambular como almas en pena”, señala el periodista onubense Rafael Moreno en su libro “Perseguidos”. “Muchos murieron de hambre o torturados en aquel recinto temporal, donde miles de personas esperaban ser trasladadas, aunque no se ha demostrado que hubiera un exterminio masivo”, concluye.

“En Sevilla se decidió utilizar un espacio cercano a La Algaba como lugar de hacinamiento. Aquel campo de concentración era llamado eufemísticamente “campo para mendigos reincidentes”. La historiadora María Álvarez Luceño explica cómo la Sevilla conquistada por Queipo del Llano era el destino final de muchos andaluces que buscaban un futuro mejor, pero se encontraron con una dura realidad. Entre septiembre de 1941 y agosto de 1942, más de 300 personas

pasaron por allí, de las cuales 140 fallecieron debido al hambre, el frío y las enfermedades. “He visitado otros campos nazis y el de La Algaba era muchísimo peor. Los internos no tenían comida, iban medio desnudos con un baby harapiento y dormían a la intemperie. Morían varios cada día. La gente del pueblo se escandalizaba por el constante trasiego de muertos”, señala. Otro de los campos de concentración andaluces se encuentra en La Corchuela, Sevilla. Hoy en día, hay un parque infantil en ese lugar, pero se desconoce que en su momento fue un campo de concentración que nos ha dejado testimonios terribles. En 1942, varios presos intentaron fugarse. Cuatro de ellos murieron y los dos que sobrevivieron fueron obligados a presenciar un desfile con sus compañeros muertos y sus cuerpos destrozados por las balas. La historia de los campos de concentración en España ha sido olvidada. No queremos enfrentar una realidad que también nos afecta. Insistimos: esos lugares también existieron aquí. Las imágenes de los campos nazis, donde se ven hombres con rostros de sufrimiento y desnutridos, también se produjeron en España, aunque sin el objetivo de una cámara que delatara la realidad... pero eran, desgraciadamente, reales.

Las tres principales opciones que tenían los refugiados españoles para abandonar los campos franceses eran:

- La repatriación a España, donde se estima que la mitad de ellos regresó, atraídos por promesas y sometidos a humillantes condiciones de injusticia, repudio y venganza impuestas por el régimen.
- Cuando era posible, la emigración a terceros países, especialmente a Iberoamérica, destacando México, República Dominicana y Argentina, entre otros.
- El encuadramiento, ya sea alistándose en la Legión Extranjera, en las Compañías o Grupos de Trabajadores Extranjeros (CTE o GTE), o en los Batallones de Marcha.

Privados de libertad y dignidad, los antiguos combatientes republicanos vieron una salida en la Legión Extranjera. Querían luchar contra Hitler, convencidos de que una vez derrotado el fascismo en Europa, los aliados también lo harían caer en España. Así, diez mil hombres se unieron a las filas de la Legión, junto con belgas, polacos y judíos que habían logrado escapar de los nazis.

Al declarar la guerra el Reino Unido y Francia a Alemania, los nazis iniciaron la Batalla de Francia el 10 de mayo de 1940, una ofensiva que duró 46 días, y el 25 de junio declararon la invasión de Bélgica, Países Bajos, Luxemburgo y Francia.

La derrota de Francia instauró el régimen colaboracionista de Vichy del Mariscal Pétain con Alemania. Esto se hizo para dividir Francia, según el armisticio que Pétain firmó con Hitler, y se estableció una línea de demarcación. Al norte quedó la parte ocupada por los nazis y al sur la zona libre, cuyo gobierno se estableció en Vichy. Para cruzar esta línea, era necesario portar un *laissez-passer* o *ausweis*. Este visado era un privilegio otorgado por la Gestapo, que incluso obligaba a los ministros de Pétain a llevarlo cuando necesitaban viajar de Vichy a París. Para los franceses, esta línea divisoria representaba una terrible humillación. Surgieron grupos de resistencia formados por ciudadanos franceses, apoyados por compañeros de otras naciones que no podían entender la actitud pasiva y cómoda de la mayoría de los franceses, ya que muchos colaboraban abiertamente con los nazis y el régimen impuesto. Desde el sur de Francia, en Marsella, el diplomático mexicano también tuvo que enfrentar el hostigamiento de las autoridades francesas pro-alemanas, el espionaje de la Gestapo, del gobierno de Franco y de la representación diplomática japonesa, que tenía sus oficinas en el mismo edificio de la delegación mexicana. Al recibir a los solicitantes de visas que, mientras esperaban su aprobación, vivían ocultos en hoteles o en hogares de antifascistas, cuidándose de las redadas policiales que los enviarían a los campos de concentración, el proceso tardaba mucho tiempo debido a un eterno ir y venir. Esto era resultado de la ineficacia en el manejo de los nombres y la documentación, que debía ser autorizada en México y reenviada a Europa para poder tramitar la salida de Francia y cubrir las fechas de los boletos del barco. Hacer, lograr y coincidir todo al unísono era menos que imposible.

Al edificio del consulado entraban y salían hombres y mujeres: españoles, franceses, libaneses, judíos de Polonia, Alemania o Checoslovaquia, intelectuales, campesinos, médicos, músicos, maestros y artistas que huían del acoso de la guerra, de la persecución y de los campos. Tras algunos de esos rostros se asomaba la esperanza de resolver su situación. Tanto el rostro tenso como la mirada incierta denotaban su temor, ya que no

portar permisos de salida ni visas de traslado y del país de destino significaba, con seguridad, la deportación hacia los campos de concentración franceses o alemanes. Las facciones relajadas de quienes salían y el brillo en sus ojos acompañaban la gran alegría de aquellos que lograban obtener la visa. Porque esa visa era todo, significaba la vida.

Aún con la visa, muchos al llegar tenían que enfrentar la posibilidad de que no se les permitiera bajar del barco y entrar al país sin dificultades adicionales y costosas. Con la presión extra, temían que el barco los tuviera que regresar a su origen.

El cónsul no estaba satisfecho; sin embargo, decidió ampliar su apoyo a los refugiados antinazis y antifascistas. Al otorgarles visas mexicanas, las autoridades francesas les permitían salir del país con ciertas dificultades, ya que consideraban que ya no representarían un problema político para el régimen. La situación de los judíos fue más complicada. El consulado se encargó de ocultar, documentar y otorgar visas a judíos, pero sacarles de Francia era mucho más difícil debido a la persecución por parte de las fuerzas del SS de la Alemania nazi.

Era responsabilidad del consulado documentar a aquellos que habían recibido autorización de la Secretaría de Gobernación para ingresar a México, siendo la mayoría refugiados políticos alemanes, austriacos y checoslovacos perseguidos por los nazis.

“Según el propio relato de Bosques, en la reunión que tuvo con Cárdenas antes de su partida a Europa, también se consideró la posibilidad de adoptar ciertas medidas de protección para los refugiados judíos y permitir la entrada a México de un número significativo de ellos, aunque no se llegó a ningún acuerdo al respecto.

Es importante recordar que la política mexicana de recepción de refugiados judíos no fue una política de puertas abiertas, sino más bien una política selectiva y discrecional que permitió la entrada de un número reducido de refugiados (entre 1800 y 2000 personas durante los doce años de nazismo alemán), mientras que se rechazó a un número mucho mayor.

La Secretaría de Gobernación había restringido la inmigración judía desde abril de 1934. A pesar de los esfuerzos realizados tanto dentro como fuera del país para suavizar la postura del

gobierno mexicano, los resultados fueron escasos. La aprobación de la Secretaría de Gobernación era solo el primer paso; como se mencionó anteriormente, el segundo consistía en que los datos de las personas se transmitieran correctamente en los telegramas que la SRE enviaba de vuelta al consulado. Cada uno de los cables que autorizaban visas de entrada tenía un número específico. Esta misma información se repetía en las visas de las personas que lograron llegar a México, donde se podía leer el número de cable que las autorizó y su fecha. Todas las visas encontradas en el Registro Nacional de Extranjeros del Archivo General de la Nación que llevan la firma de Gilberto Bosques contaban con la autorización de la Secretaría de Relaciones Exteriores y no fueron emitidas por decisión personal del cónsul. Era poco probable que Bosques o cualquier otro cónsul mexicano hubiera podido extender visas sin la autorización de la Secretaría de Relaciones Exteriores, ya que estas no habrían sido reconocidas en los puertos de entrada. De hecho, esto fue precisamente lo que ocurrió con los pasajeros del vapor *Quanza* en 1940, documentados por el cónsul mexicano en Lisboa, Juan Manuel Álvarez del Castillo, para ingresar a México en tránsito hacia otros países latinoamericanos. Es importante señalar que el desembarco en México era complicado incluso con visas que sí habían sido autorizadas, y esto se evidenció en las numerosas cartas dirigidas a la Presidencia de la República, en las que se solicitaba con gran desesperación que se permitiera el desembarco de los pasajeros varados en diferentes embarcaciones en Veracruz.

Desde el verano, cuando México declaró la guerra a Alemania y a los países del Eje tras el hundimiento de sus petroleros *Potrero del Llano* y *Faja de Oro* por submarinos alemanes, la tensión se podía sentir en cada rincón de la embajada y el consulado mexicano. Lo mismo ocurría con cada uno de los habitantes refugiados.

“Al solicitar la ruptura de relaciones entre México y Francia, Bosques estaba en desacuerdo total con la colaboración de Pétain y su gobierno títere, que desde el verano había, entre otras cosas, fichado y obligado a los judíos a portar con ignominia la estrella amarilla.

Gilberto Bosques rompió las relaciones diplomáticas con el Gobierno de Vichy y presentó la nota de ruptura. El consulado fue tomado por tropas de la Gestapo, que confiscaron el dinero que la oficina mantenía ilegalmente para su operación. Bosques, su

familia (su esposa María Luisa Manjarrez y sus tres hijos: Laura María, María Teresa y Gilberto Froylán, que tenían 17, 16 y 14 años, respectivamente) y el personal del consulado, un total de 43 personas, fueron trasladados a la comunidad de Amélie-les-Bains. Luego, violando las normas diplomáticas, los llevaron a Alemania, al pueblo de Bad Godesberg, donde fueron reclusos en un “hotel prisión”.

A sus captores les manifestó que todo el personal mexicano se sometería al reglamento internacional entre naciones y que, dado que México estaba en guerra con Alemania, eran prisioneros de guerra. No pediría ninguna excepción ni gracia sobre esas disposiciones, pero tampoco aceptaría ningún trato vejatorio, como era habitual con los prisioneros.

Bosques llegó a organizar conferencias e incluso una ceremonia del Grito de Independencia el 15 de septiembre, donde los mexicanos de Bad Godesberg serían canjeados por prisioneros alemanes en un acuerdo con el presidente, el Gral. Manuel Ávila Camacho.

“Refugiados españoles y judíos esperaban a Bosques en la estación de ferrocarril Buenavista de la capital el 29 de marzo de 1944 para recibirlo. Una crónica periodística de la época narraba: Su júbilo resonaba en el andén de la estación ferroviaria. Lo llevaron en hombros. Era al México generoso y libre al que ellos exaltaban en Gilberto Bosques.

Dentro de la lista de mujeres y hombres salvados por el maestro Bosques, se encuentran, entre otros, María Zambrano, Carl Aylwin, Manuel Altolaguirre, Julio Álvarez del Vayo, Luis Nicolau d’Olwer, Carlos Romero Giménez, Wolfgang Paalen, Max Aub, Walter Reuter, Friedrich Katz, Marietta Blau, Egon Erwin Kisch, Ernst Röemer y Walter Gruen, por mencionar solo algunos. Por su labor en favor de los exiliados españoles, en 1956 recibió del gobierno de la República Española en el exilio la Orden de la República Española. Sin embargo, al ser representante de un gobierno y no una persona independiente en su labor de rescate, a pesar de las solicitudes de la sociedad judía mexicana, no se le otorgó la distinción de “El Hombre Justo entre las Naciones” del Museo del Holocausto en Jerusalén, Yad Vashem.

En un mundo de debacle moral generalizada, existió una pequeña minoría sin representación ni cargos en el gobierno que mostró

un extraordinario coraje para mantener los valores humanos. Ellos fueron los Justos de las Naciones, quienes nadaron contra la corriente de indiferencia y hostilidad que predominó durante el Holocausto. A diferencia de la tendencia general, estos salvadores veían a los judíos como seres humanos comunes, incluidos en el ámbito de sus responsabilidades.

Por su parte, el gobierno colaboracionista de Pierre Laval optó por colaborar abiertamente con Franco en la repatriación de españoles y con los nazis en las deportaciones de judíos de ambas zonas. Esta decisión, tomada en julio de 1942, debe entenderse en el contexto del fracaso de las iniciativas de emigración. El gobierno justificaba, entonces, la “repatriación” de estos individuos, considerados peligrosos para España y Europa del Este, sin saber con certeza el destino que les esperaba.

Portugal mantuvo una posición neutral ambigua durante la Segunda Guerra Mundial, siendo un punto estratégico para observar el panorama europeo. Lisboa se encontraba en una confluencia de información, personas y tráfico, donde se entrelazaban actividades políticas, comerciales y docentes de ambos bandos. Allí, el dinero y los valores se intercambiaban por los servicios prestados, y contaba con salidas de sus puertos y aeropuertos hacia América para quienes poseían divisas y las visas requeridas por las autoridades y líneas navieras.

En esos momentos, en Portugal predominaba el régimen del Estado Novo, que se sustentaba en el poder indiscutiblemente personalista de Antonio de Oliveira Salazar. Aunque la Constitución, aprobada en 1933, le daba una apariencia de régimen liberal, el ejecutivo contaba con competencias casi dictatoriales. Desde el inicio, la práctica política fue realmente dictatorial, con el objetivo de suprimir a los grupos de oposición. Para ello, se estableció un sistema de policía política: la Polícia Internacional e de Defesa do Estado (PIDE), que también se encargaba de devolver a España a los refugiados políticos que lograban llegar con la intención de embarcarse hacia América.

“El informe ‘Valière’ del Gobierno francés estimó en 440.000 el número de refugiados españoles en el sur de Francia, de los cuales 170.000 eran mujeres y niños, y 220.000 ancianos”. A finales de 1945, los españoles detenidos en Portugal no eran sometidos a un proceso judicial, sino a uno meramente administrativo, lo que los mantenía

en un régimen de «detenção» o prisión preventiva a la espera de su repatriación a España. No es necesario aclarar lo dramática que podía ser dicha deportación para aquellos con amplios antecedentes políticos, que eran la mayoría. Al estar en prisión preventiva, no eran reclusos en prisiones convencionales, sino en «establecimientos de detenção». La situación de los españoles en estos lugares era verdaderamente terrible, ya que debían pagar por su propio mantenimiento.

En caso de que no pudieran cubrir los gastos de su estancia en la cárcel, como sucedía con la mayoría de los españoles, las autoridades tenían la obligación de mantenerlos sin costo alguno. Sin embargo, las condiciones en las que debían sobrevivir eran realmente terribles: hacinados en celdas abarrotadas, infestados de piojos y, en muchas ocasiones, durmiendo en el suelo sin una manta que los abrigara, con una dieta completamente insuficiente, lo que provocaba un alto número de enfermedades como la anemia o la tuberculosis. La humillación era constante y las represalias eran algo habitual. “Tómate tu comida: es tu pienso”, les decían los guardianes a los presos, haciéndoles sentir como si fueran ganado. Les daban de comer a la misma hora que a los perros. Para quienes estaban al mando, aquellos que se encontraban reclusos en esos infames lugares eran poco más que escoria humana. Muchos murieron en el intento de sobrevivir, pero los que quedaban envidiaban a los muertos.

El proceso que atravesaban los republicanos españoles en el país luso era casi siempre el mismo. Tras lograr cruzar la frontera, su meta era llegar a Lisboa, donde buscarían embarcarse hacia algún lugar seguro. Dado que Francia no era una opción durante los años de la Guerra Mundial y que después tampoco otorgaba visados de entrada para refugiados, el destino preferido para todos ellos fue México.

Las relaciones entre la República Española y el México posrevolucionario habían sido muy buenas. Durante la Guerra Civil, el gobierno de Lázaro Cárdenas mostró un firme apoyo a la causa de la democracia en España. Al llegar a Lisboa, la mayoría de estos españoles intentaban ponerse en contacto con la embajada mexicana. Sin embargo, la capacidad de los representantes mexicanos para ayudar a estos españoles era bastante limitada. A pesar de la buena disposición de las autoridades y el trato

preferencial que ofrecieron a los republicanos españoles, México nunca proporcionó fondos propios para estos fines.

“Después de finalizar la Segunda Guerra Mundial, Francisco Castillo Nájera, Secretario de Relaciones Exteriores, le ofreció a Gilberto Bosques el cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Portugal.

En Portugal, el procedimiento administrativo que seguía la burocracia del consulado era básicamente el mismo que en Francia. Los fugitivos, que normalmente se encontraban en una situación de necesidad extrema y ocultos de las autoridades portuguesas, acudían al USC en busca de ayuda. Este organismo les ofrecía asistencia material y atención médica, y les explicaba sus opciones, que se limitaban principalmente a partir hacia México o Venezuela, los únicos países que otorgaban visados a los españoles. No obstante, el USC recomendaba viajar a México, ya que los viajes eran más económicos y allí existía una colonia de exiliados republicanos que les permitiría seguir conectados con el antifranquismo. Para evitar financiar a elementos indeseables o a aquellos que no enfrentaban peligro al regresar a España, el USC exigía a todos sus clientes que redactaran un historial de sus actividades políticas. Este historial se contrastaba posteriormente solicitando antecedentes del interesado tanto a la embajada mexicana como a partidos e instituciones del exilio español y otros organismos de ayuda. Finalmente, toda esta documentación se enviaba a la Legación mexicana en Lisboa para proceder con la solicitud del visado. Una vez concedido —un proceso que podía tardar varios meses—, solo quedaba obtener el permiso de salida de las autoridades portuguesas y embarcar con destino a América. Con las escasas visas realmente autorizadas por los gobiernos y, en ocasiones, enfrentando grandes escaramuzas para abordar los barcos, podían dejar atrás la Europa fascista en busca de libertades y nuevos desafíos en América.

Al ser apresado, Bernat sufrió en carne propia todas las escalofrantes anécdotas que había escuchado; tras ser torturado, lo enviaron a campos de concentración, primero en Francia y luego a Alemania, como prisionero político no deseado en el infame campo de Mauthausen-Gusen.

El campo de concentración de Mauthausen (desde el verano de 1938 Mauthausen-Gusen) fue un conjunto de campos de concentración

nazis situados alrededor de la pequeña empresa y cantera de la localidad de Mauthausen en Austria, a unos 20 km de Linz.

Mauthausen en Austria, a unos 20 km de Linz. Al inicio de la Segunda Guerra Mundial, muchos españoles que se resistían a ser repatriados, ya que eso significaba la muerte, fueron enviados al frente con uniforme francés, ya sea en las filas de la Legión Extranjera, en escuadrones de choque, o integrados en Compañías de Trabajadores Extranjeros. La mayoría de ellos acabó siendo capturada por los alemanes en los primeros momentos de la invasión de Francia (mayo–junio de 1940). Después de pasar por los campos de prisioneros de guerra (Stalags), fueron enviados a Mauthausen, donde formaron la mayor parte del contingente español.

“Cuando las autoridades alemanas solicitaron a la Dictadura de Francisco Franco que determinara el destino de los prisioneros, esta respondió que no había españoles fuera de las fronteras; por eso, los republicanos en Mauthausen llevaban el triángulo azul de los apátridas, con una S de Spanier en el centro. Al principio, solo había un campo en Mauthausen, pero con el tiempo se expandió hasta convertirse en uno de los complejos de campos de concentración más grandes de la zona nazi en Europa. Además de los cuatro subcampos en Mauthausen y el cercano Gusen, más de 50 subcampos, ubicados por toda Austria y el sur de Alemania, utilizaron a los prisioneros como esclavos sin ningún valor. Algunos de estos campos subordinados al complejo de Mauthausen incluían fábricas de munición, minas, fábricas de armamento y plantas de ensamblaje del avión Me 262.”

“El campo de Mauthausen albergó a prisioneros españoles. Entre 1940 y 1945, pasaron por Mauthausen y sus subcampos unos 7.200 españoles, de los cuales fallecieron 5.000.”

A finales de 1941, llegaron numerosos prisioneros de guerra soviéticos. Este fue el primer grupo destinado a morir en las cámaras de gas a principios de 1942. Al principio, los esfuerzos de los alemanes eran torpes; mataban con rifles, lo que resultaba demasiado lento y costoso. Luego organizaron sus transportes y movilizaron a sus científicos para llevar a cabo el gran esfuerzo. Se diseñaron camiones revestidos de acero para encerrar a los prisioneros y matarlos con gas mientras eran trasladados a los puntos de enterramiento. Sin embargo, este procedimiento también

resultó ser lento. Posteriormente, se implementaron las cámaras de gas, que podían matar a dos mil personas en media hora y a diez mil en un día, en uno de los campos de exterminio, junto con los crematorios para deshacerse de los cadáveres.

En una segunda fase, después de 1943, los republicanos españoles que llegaban a Mauthausen eran personas detenidas por su actividad en la resistencia francesa. En total, de alrededor de 35,000 españoles que participaron en la Segunda Guerra Mundial junto a los aliados, cerca de 10,000 acabaron en campos de concentración en Alemania o Polonia.

Mauthausen pronto comenzó a ser conocido entre los deportados como “El campo de los españoles”. Aunque los primeros barracones se remontan a 1938, fueron albañiles españoles quienes construyeron Mauthausen. Por eso, un superviviente francés llegó a afirmar que “cada piedra de Mauthausen representa la vida de un español”. La mayoría de los españoles llegó al campo tras el Armisticio francés, entre la segunda mitad de 1940 y 1941. Muchos murieron entre 1941 y 1942; por ejemplo, en septiembre y octubre de 1941, una gran parte de los fallecidos en Gusen, un Kommando o campo auxiliar destinado al exterminio de los presos más débiles, eran españoles. El trabajo se realizaba en condiciones muy duras, que agotaban a los prisioneros. Aquellos considerados rebeldes o inútiles eran transferidos al campo central para ser exterminados, o eran eliminados allí con una inyección letal e incinerados en un crematorio local.

Con su fanática y cruel disciplina, los alemanes mantenían archivos precisos sobre la procedencia y los antecedentes de cada uno de los prisioneros políticos. Así fue como se enteraron de la experiencia que tenía Bernat en la consulta y gestión de archivos históricos. De inmediato, lo designaron para organizar los archivos y mantenerlos actualizados, trabajando en una especie de oficinas aisladas de las áreas de trabajos forzados y exterminio, junto con compatriotas encargados de otras dependencias necesarias para la administración de los campos, como ser ayudante del fotógrafo oficial que debía registrar la efectividad del aniquilamiento en los campos. Debido a sus conocimientos, las condiciones de vida eran más favorables en cuanto a alimentación y otras prestaciones, como ropa y calzado.

Esto les permitió conocer a fondo los documentos oficiales, así como los rollos fotográficos que registraban las atrocidades cometidas en el campo, las cuales habían sido documentadas por los mismos nazis. Copiar la parte esencial de estos documentos con la intención de preservar los horrores cotidianos de los prisioneros era un riesgo que podía costarles la vida. Sin embargo, se organizaban para hacerlo, a pesar de las dificultades para encontrar formas de sacarlos o preservarlos en los campos, siempre con la incertidumbre de si se perderían o quién los custodiaría.

“Entre otros métodos de aniquilamiento, siempre supervisados por los innumerables sádicos e imperturbables soldados que disfrutaban seleccionando ayudantes (capos) entre los mismos prisioneros, a quienes obligaban a ser crueles, la necesidad de sobrevivir los llevaba a perder no solo su moral, sino también su humanidad. Todo esto a cambio de la mínima oportunidad de mejorar su alimentación y su lugar de vivienda, o la posibilidad de vivir para atestiguar las tragedias diarias. Una de esas hazañas de maldad suprema y desprecio por la vida humana era el ejercicio de la escalera de la muerte en la cantera. Allí castigaban a los famélicos y enfermos prisioneros, obligándolos a subir y bajar con pesados bloques de piedra, y muchos, al llegar a la cima, eran empujados por los despiadados soldados, quienes se regocijaban al verlos caer desde las alturas.

En enero de 1945, los campos, que eran gestionados desde la oficina central en Mauthausen, albergaban a 85.000 prisioneros. El número exacto de víctimas es incierto, aunque la mayoría de las fuentes lo estiman entre 122.766 y 320.000 en todo el complejo. Estos campos fueron algunos de los primeros centros de concentración masivos en la Alemania nazi y fueron los últimos en ser liberados por los Aliados Occidentales o la Unión Soviética. Los dos principales, Mauthausen y Gusen I, eran los únicos en toda Europa clasificados como de “Grado III”, lo que significaba que eran los más severos para los “Enemigos Políticos Incorregibles del Reich”. A diferencia de muchos otros campos, que albergaban a todo tipo de prisioneros, Mauthausen se utilizó para la exterminación de personas con inteligencia, individuos educados y miembros de las clases altas de los países ocupados.

Al finalizar la II Guerra Mundial, en la primavera de 1945, alrededor de tres mil republicanos españoles que habían sobrevivido a los

campos de concentración nazis regresaron a Francia. Cerca de diez mil, incluidas unas cuatrocientas mujeres, habían sido deportados con la colaboración del Régimen de Vichy tras la invasión alemana y el Armisticio de Compiègne firmado en junio de 1940. A su regreso, cientos fueron enviados al antiguo campo de Récébédou, que los propios internos llamaban «Ciudad D. Quijote» (o «Villa Don Quichotte»), donde recibían atención médica de parte de los doctores de la Cruz Roja Republicana Española.

Situado a unos kilómetros al sur de Toulouse, este campo albergaba en precarios barracones a quienes no contaban con familia ni amigos que pudieran acogerlos. Eran refugiados apátridas sin un lugar al que ir. El informe de una visitante, Mlle. Gollois, elaborado para el Joint Anti-Fascist Refugee Committee, una organización estadounidense compuesta por veteranos de la Brigada Lincoln, describe su situación en el campo con estas palabras: «Los vi aún débiles, pero felices de estar en libertad. Algunos estaban desnudos bajo sus capotes militares. Los pocos que tenían ropa la usaban los que iban a la ciudad, mientras los demás esperaban su turno. No había sábanas, por supuesto, ni ropa interior, ni pañuelos, ni toallas para secarse después de la ducha. Los más débiles eran atendidos en el Hospital Varsovia, que tuvo la amabilidad de patrocinar. Necesitan ayuda física y moral, porque todos han sido repatriados de los campos de horror. Deberían recibir buena alimentación y llevar una vida digna antes de comenzar a trabajar”.

“De los 2.895 niños evacuados a Rusia durante la Guerra Civil, la gran mayoría no pudo reencontrarse con su familia hasta pasados veinte años. Ese fue el tiempo que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el régimen de Franco se tomaron para discutir las condiciones de su regreso. Dos décadas, siete mil días, ciento cincuenta mil horas, más de diez millones de minutos, y no, no vale la pena calcular los segundos. Los números no tienen alma y no ayudan a imaginar lo que pudo significar semejante espera para los niños. Sin embargo, lo peor estaba aún por llegar. Ocurrió al bajarse del tren e ir a abrazar a sus padres, por fin. Entonces, en lo que se suponía que debía ser un momento de felicidad, se dieron cuenta de que aquel hombre y aquella mujer eran completos desconocidos. No los recordaban, no fueron ellos quienes calmaron su llanto, ni estuvieron a su lado para cubrirles los oídos cuando comenzaron a caer las bombas de la otra guerra que les tocó vivir:

la Segunda Guerra Mundial. Habían dejado su hogar con cinco, seis, siete, nueve años, y ahora, a punto de cumplir la treintena, se preguntaban quiénes eran. No es extraño, por tanto, que muchos de ellos no lograran adaptarse y decidieran regresar al pisar el país. Ya no eran ni de aquí ni de allá. Su única familia era el hielo. “Estoy vacío. Apenas me quedan fuerzas”, mencionó uno de ellos.

Bernat llegó finalmente al campo de desplazados de La Ciotat, en el golfo de León, al sur de Francia, a pocos kilómetros de Marsella. La Ciotat era un lugar insalubre, con deslucidos barracones de ladrillo que parecían atrapados en un mar interminable de barro. El número de refugiados aumentaba cada día. El campo estaba muy saturado de gente, carente de todo, y el espectro de la muerte parecía acechar a sus habitantes. Al llegar, se identificó con unos capitanes de barco españoles que habían sido contratados por la resistencia judía para llevar a los sobrevivientes hacia Palestina, burlando el bloqueo inglés que administraba el área ganada a los otomanes después de la Primera Guerra Mundial, que les tocó tras la repartición con los franceses que se quedaron con Siria y el Líbano.

Con el apoyo de sus nuevas amistades, logró recuperarse, conseguir ropa adecuada para no llamar la atención y se dirigió a Burdeos. Al bajar del tren, Bernat reconoció las paredes y los pisos de mármol rosado, así como los ricos colores terrosos que adornaban la escalinata en medio del amplio vestíbulo de la estación. Llegó a su conocido Burdeos con un traje, zapatos y sombrero apropiados, además de un excelente dominio del francés cotidiano que había aprendido en Bilbao, junto con un buen manejo de expresiones coloquiales. Caminaba con soltura y desenfado, sintiéndose a gusto mientras pasaba por el Grand Théâtre, recorriendo los bulevares hasta llegar a la plaza de la Bourse, cuya fachada de piedra brillaba en amarillo bajo el cálido sol de la mañana, con el intenso reflejo de los cristales de sus ventanas que casi lo deslumbraba. Al llegar a la costa del río Garonne, continuó su camino hacia el puerto, donde, gracias a las referencias que le habían dado en el campo de la Ciotat, por parte de sus amigos y los capitanes de barco españoles, logró entrevistarse con quien lo llevaría de polizón a Portugal, donde había sido capturado y enviado a España. Al llegar a Lisboa, pudo reunirse nuevamente con Gilberto Bosques, quien estaba de regreso en la Embajada de México, y no tuvo dificultad en gestionar, con la ayuda de sus contactos republicanos, la visa y el dinero necesarios para viajar de Portugal a México.

Finalmente, a principios de 1946, desembarcó en Veracruz. Cuántas diferencias, un ambiente con clima cálido y tropical que guardaba sorpresas para el emigrante, desde el bienestar del clima hasta el vibrante ritmo y sonido de las palabras, el mismo español pero con características distintas al habitual, marcando una clara diferencia.

Una vez instalado, se dirigió a las oficinas de la representación de la República Española, donde se comunicaban con la ciudad de México para localizar a Pilar Carvajal García, o Sra. de Goicochea. Bernat, inquieto, salía a caminar por los muelles, adentrándose en varios barrios que fluctuaban entre las espléndidas mansiones que bordeaban las playas y, cercanos a estas, con una tenue división de residencias de clase media y algún que otro edificio de varios pisos, se encontraba la región pobre. Le llamaba la atención lo precario de la pobreza que existía, pero sin perder dignidad. La amable gente a la que le llamaba la atención el “gachupín” —nombre coloquial y en ocasiones despectivo, utilizado en Latinoamérica y especialmente en México para designar a un español—, sin importar si eran ya emigrantes establecidos desde principios de siglo en adelante, y que aun después de hacer fortuna y tener esposas e hijos nacidos en México, a la que adoptaron como su tierra, pero con la continua nostalgia de regresar a su terruño en España. Eso se notaba principalmente en el nombre de sus hijos: Iker, Jordi, Mara, Pilar, Angustias, Amparo, etc. Comiendo fabada y callos, así como otros platillos más del invierno que del trópico. Bernat tenía curiosidad por comer unos conos de frutas variadas picadas que la gente disfrutaba con sal, y notaba que a toda comida le agregaban jugo de limón y chile fresco, en polvo, en innumerables salsas de variedad de chiles y picor.

Por la tarde, se sentaba en el Café de la Parroquia a disfrutar de un chocolate caliente, que ofrecía diferentes estilos: el mexicano, que se preparaba con agua; el francés, más ligero y con mucha leche; y el español, que era más espeso. También había varias variedades de café, pero lo que más llamaba la atención de Bernat era cómo servían el café concentrado en un vaso alto de cristal, llenándolo con leche hirviendo desde una tetera que el mesero movía con destreza hasta el borde del vaso. Disfrutaba escuchando y observando a las parejas que bailaban frente al edificio del ayuntamiento, al son de una música de cadencioso ritmo llamada “Danzón”. Ellas, con sus abanicos, los utilizaban durante los breves momentos en que

el baile se detenía; ellos, con zapatos de dos tonos, guayaberas y sombreros. Eran parejas dignas, llenas de porte y alegría.

En los restaurantes, se sumergió en la comida mexicana y no podía entender cómo de las tortillas surgían tantas variaciones de platillos tan diferentes entre sí. Los tacos, con una variedad de rellenos y guisados que no conocía, le sorprendieron. Uno de ellos era verde, con una textura tierna, que resultó ser nopal, la hoja de una cactácea guisada en salsa de jitomate. También había tacos de rajas de chile poblano con crema, de huitlacoche, que le dijeron que era un hongo exquisito que aparecía en la mazorca del maíz durante la época de humedad, y de flor de calabaza, que mezclada con queso en una tortilla doblada en su centro se llamaba quesadilla, no por el queso, sino por su nombre de origen en náhuatl. Así, de sorpresa en sorpresa, a veces el sabor era ligeramente picante y en otras ocasiones, insoportablemente picante.

Al no tener noticias de la localización de Pilar, tomó el tren hacia la ciudad, cruzando el exuberante trópico y las altas montañas: El Pico de Orizaba, El Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. Hizo una parada un día en la Ciudad de Puebla de los Ángeles para saludar a conocidos y, finalmente, llegó a la Ciudad de México.

La zona donde se asentaron muchos de los emigrantes españoles era bulliciosa y se encontraba en el centro de la ciudad. Era un lugar característico, cercano a un mercado de curiosidades para turistas. También había un mercado de flores, donde le llamaron la atención unas enormes coronas de flores blancas que llevaban un listón con la dedicatoria al difunto al que estaban destinadas. En contraste, estaba el mercado de San Juan, donde se podían encontrar cosas extrañas para los mexicanos, pero que eran ingredientes indispensables en la comida española, judía y asiática. Además, había un enorme mercado local con una inmensa variedad de carnes, verduras y frutas, algunas de las cuales eran consideradas exóticas para él, pero que formaban parte de la alimentación cotidiana.

Todo le parecía igual pero diferente. Vio una larga fila y pensó que podría ser una zona de distribución, pero no; era la entrada a la radiodifusora más potente de América Latina, la XEW, rodeada de tiendas, edificios habitacionales y diversos negocios en los locales, como restaurantes, carnicerías, salchichonerías, abarrotes y ventas de café molido y en grano de varias regiones, entre otros.

Allí se enteró de las tertulias que tenían los republicanos en varios cafés de la zona, donde asistió en busca de información sobre Pilar. En noviembre de 1941, cientos de españoles llegaron en el barco portugués Quanza, después de haber padecido sin fin en campos de refugiados en Francia. Al principio, creyendo que regresarían pronto a su país, muchos se resistían e incluso se negaban a integrarse en la sociedad mexicana. ¿Para qué echar raíces en una nueva tierra si debían arrancarse casi de inmediato? ¿Para qué, si al final Franco caería de un día para otro? “Nadie, entre los fieles a la idea del retorno, piensa por aquel entonces que la emigración pueda ser una larga agonía y una terrible interrogación suspendida sobre la testa peregrina”, escribió, no sin añoranza y aflicción, el escritor exiliado Otaola en La Librería de Arana.

Con el paso de los días y los años, comenzaron a darse cuenta de que la situación estaba lejos de resolverse de inmediato, y empezaron a buscar una vida más acorde con la realidad: un trabajo estable, un hogar, nuevas amistades y lugares de encuentro. Si para el vienés el café es como un hogar, para el español de aquella época, era al menos una segunda casa. ¿No fue Benito Pérez Galdós quien afirmó que “el café tenía en política más importancia que un ministerio, y en literatura, más que una biblioteca?” ¿Acaso no se desarrolla una de las mejores novelas españolas del siglo, La Colmena, en un café, donde se entrelazan y desenredan historias, anécdotas, chismes y risas de la ciudad de Madrid? Nunca, como en la década de los cuarenta, gracias a los trasterrados, hubo tantos cafés en el centro histórico de la Ciudad de México. Los ruidosos españoles a veces desplazaron a los discretos mexicanos de los antiguos cafés, al mismo tiempo que crearon nuevos espacios. Una parodia de este desplazamiento fue narrada por el español Max Aub en su cuento “La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco”, donde un mesero mexicano de uno de los cafés que frecuentaban los exiliados –resume María del Pilar Fernández en su artículo “La ciudad de México y los trasterrados españoles”–, cansado de sus voces, su falta de educación y sus interminables charlas sobre las batallas de la guerra, decide hacer algo para librarse de tan molesta clientela.

La decisión es viajar a España para asesinar al dictador, con la esperanza de que al regresar, los republicanos hayan vuelto finalmente a la patria que les fue arrebatada: “Desgraciadamente, no solo no regresaron, sino que además se vieron acompañados por

los partidarios de Franco, quienes también tomaron el camino del exilio”. Con su característico sarcasmo, Salvador Novo decía en 1967 (Cocina mexicana): “Aparte de la reflexión que podríamos hacer sobre la influencia que tuvieron las tertulias en los cafés a finales del XVIII y principios del XIX en la Independencia mexicana, tenemos un caso mucho más cercano en el tiempo: el de los republicanos españoles, que durante treinta años han estado derrocando a Franco en ese poco sangriento campo de las batallas orales que son los cafés”.

Fuera de la parodia o la broma, los cafés ofrecieron a los republicanos la oportunidad de crear pequeñas Españas. Muchos se reunían con personas de su provincia y, tanto en sus conversaciones como en su alimentación, mantenían los usos y costumbres de su región. En estos lugares, los trasterrados hablarían de dos hechos de inminente relevancia (la predicción nunca fue su fuerte): la caída de Franco y las condiciones políticas y económicas que permitían una nueva revolución en México. Discutirían sobre las vicisitudes de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría, comparando constantemente los usos y costumbres del país en el que vivían con los de España, así como sobre el arte y la literatura tanto mexicanos como peninsulares, y criticarían con agudeza a los demás. Los exiliados tenían varios cafés en el centro histórico como puntos de encuentro: el bullicioso Tupinamba, en Bolívar número 44, donde también acudían toreros, actrices y exmiembros del Partido Comunista Español, y cuyo dueño, Pedro Dosal, anunciaba con el lema: “¡Donde el café espresso es auténtico café!”, sugiriendo que en otros lugares el espresso era un engaño; La Parroquia, en la calle Venustiano Carranza; el pequeño y concurrido Papagayo, en la esquina de López y Avenida Juárez; el Madrid, con su “regusto provinciano”, a pesar de su imponente nombre de capital; las Chufas, donde se reunían jóvenes poetas como Luis Rius, Juan Espinasa, Manuel Durán y Tomás Segovia; el Campoamor, que evocaba el ambiente de los cafés de la Puerta del Sol en Madrid; el Do Brasil, de estilo más moderno; y el Fornos en Bolívar 20, así como el Betis en 16 de Septiembre, el Sevilla y el Latino. Estos cafés, junto con los de chinos y el Café París, se convirtieron en los refugios preferidos de los exiliados.

En su retrato de Juan Rejano, el yucateco Ermilo Abreu Gómez mencionó que el poeta andaluz tenía un aire de gitano, pero sabía

mirar de frente como los buenos. Recuerdo a Rejano, ya en su vejez, como un hombre de alma pura que siempre extendía la mano a los jóvenes para que publicaran en el suplemento literario del periódico El Nacional. En un artículo titulado “Los cafés de chinos”, que carece de superficialidades, Rejano, en un retrato de la época de los años cuarenta, evoca la asombrosa cantidad de estos cafés en el país y los duros días de pobreza que vivió en la Ciudad de México, que lo llevaban a refugiarse en esos locales para reunirse con amigos españoles y mexicanos. El retrato de la época y el ambiente de los cafés de chinos están tan bien descritos que no sería un exceso transcribir el artículo:

“No sólo en el Distrito Federal: en cualquier ciudad del país se encuentra uno con los cafés de chinos. A veces hasta en esos pueblecitos salen a nuestro encuentro a lo largo de un viaje. Va uno con ganas de tomar una taza de café o de engullir algún plato, y al entrar en el rústico restaurante, tropieza con los ojos oblicuos del dueño que lo miran impassiblemente. ‘¿Pero también aquí?’, dice uno entonces. En todas partes. Ignoro a qué se debe este permanente florecimiento, ni por qué los chinos cultivan esta industria con tanta preferencia. Es curioso que sean unos elementos extranjeros los que proporcionen a este país –a Ciudad de México, sobre todo– una de sus notas más típicas. En otras ciudades –Nueva York, Londres, Barcelona– existen barrios chinos, donde viven, pululan y trafican los hombres de raza amarilla. En México andan por todos los rincones y sus cafés se multiplican por los más distantes rumbos. Por las calles de Dolores, Bucareli, Guerrero, Santa María la Redonda y San Juan de Letrán es donde aparecen amontonados. Se diría que esas calles son como la aspiración de un barrio chino que no llegó a cuajar”.

Yo he frecuentado los cafés de chinos cerca de dos años. Lo mismo creo que les ha pasado a muchos compatriotas míos. No es que ellos y youviésemos predilección por esos lugares, es que no disponíamos de dinero para ir a otros mejores. Eran los primeros tiempos de estancia en México. Tiempos de forzosa bohemia, tan escasa de literatura como sobrada de penurias. Se vivía con estrechez, pero se vivía. Disfrutábamos de libertad, de sol, y nos alimentaba la ilusión de ser útiles a este país y de seguir trabajando por recobrar algún día el nuestro. Yo entraba cada día en el café de chinos con una alegría de que ahora carezco cuando entro en otros restaurantes más caros.

El estrecho recinto, lleno de humo, me ofrecía una familiaridad, una intimidad casi conmovedora. Disponía el menú y esperaba a que llegasen mis compañeros de alimentos. Generalmente eran Emilio Prados, Lorenzo Varela, Adolfo Sánchez Vázquez y algún otro. Con frecuencia iban a hacernos compañía algunos amigos mexicanos, como Juan de la Cabada, Andrés Henestrosa, Pepe Alvarado y César Ortiz. Juntos todos, consumíamos los ‘platillos’ que una mano servicial nos tendía, y a la hora del café, se levantaba el altar de las divagaciones literarias y políticas, y dominaba el ambiente una algarabía de proyectos, críticas, conjeturas, afirmaciones, sátiras y recuerdos. A veces era Ortiz el que acababa el tumulto, con un ‘notición internacional’ que nos hacía abrir la boca. A veces se constituía en dueño Cabada, contándonos sus aventuras en España o el argumento de una novela en ciernes, que tendría por fondo la selva de Campeche. En ocasiones, Emilio Prados, con su ceceo malagueño, melancólico e incisivo, recordaba algún viejo cuento de los litorales andaluces llenándonos de regocijo, o Andrés Henestrosa, medio tarareando ‘La Sandunga’ y ‘La Llorona’, tiraba del archivo de los retruécanos y nos hacía lanzar exclamaciones de protesta. Cuando mayor era la algazara, sonaba la voz de Petere desde un rincón del pullman, y entonces comenzaba el segundo capítulo de la jornada: las canciones. Cantábamos a media voz viejas tonadas españolas o corridos mexicanos que ya íbamos aprendiendo. Pero, además, solíamos improvisar ‘letras’ a las que se ponía música de esta u otra obra conocida. Por lo general, las ‘letras’ aludían siempre a nuestros acontecimientos cotidianos, a personas y cosas de la emigración. No quisiera cerrar esta impresión sin transcribir una de las que se hicieron más ‘populares’ entre nosotros, después de haberle dado vida en comunidad. Se cantaba con música de la mazurca de los marineritos de la zarzuela La Gran Vía, y rezaba así:

*“Sirven los chinos
con ánimo sereno
los huevos con jamón grillet,
y eso que llaman bistec;
y, mientras
tristes mastican los íberos,
con rostro de meliflua beatitud
sonríen por doquier.
¡Ay, qué placer vivir aquí
como en los buenos tiempos de Madrid!
¡Que melancólica ilusión
los huevos con jamón,
los huevos con jamón...!”.*



Los dueños de los cafés de chinos, en muchos casos, tenían el antecedente de que sus padres y abuelos fueron traídos durante la dictadura de Porfirio Díaz para trabajar en la construcción de las vías del ferrocarril del Pacífico, donde muchos perdieron la vida en las difíciles condiciones de su forzada emigración en busca de un mejor futuro en América. El Café París fue un lugar de encuentro para poetas y escritores exiliados como León Felipe, Pedro Garfias, José Moreno Villa, Manuel Altolaguirre, José Bergamín, Francisco Giner de los Ríos y Juan Larrea, quienes compartían y conversaban también con artistas y escritores locales. José Moreno Villa, en su libro *Cornucopia Mexicana*, de 1940, menciona las tertulias que solía frecuentar casi recién llegado de España: la de médicos en el Hotel Imperial y la literaria en el Café París. A estos cafés acudía Bernat en busca de información sobre Pilar, pero no la conocían. Fue Arana, un vendedor de libros a crédito, quien le sugirió que fuera a la cercana Cuernavaca para ver si allí la encontraba. Bernat llegó a

Cuernavaca, la ciudad de la eterna primavera, donde no encontró a Pilar, pero sí un ambiente lleno de refugiados europeos, desde miembros de la realeza hasta todo tipo de espías, y por otro lado, a los refugiados norteamericanos que sufrían los atropellos por su afiliación y pensamiento comunista. Esta situación se intensificó años más tarde con la caza de brujas y los juicios llevados a cabo en el Senado de los Estados Unidos por McCarthy.

En su intensa búsqueda, Bernat seguía todo tipo de pistas y se esforzaba por participar en todos los eventos que organizaban los republicanos. Así fue como un día llegó al Parque México para entrevistar a una señora que le dijeron podía informarle sobre su Pilar. Al buscar a su contacto, divisó a lo lejos a una mujer sentada bordando, prestando atención a una pequeña que daba vueltas en su bicicleta, la cual tenía dos llantitas pequeñas a los lados de la rueda trasera. Su sorpresa fue mayúscula al reconocer el rostro tranquilo y sereno de su amada. Con cuidado, se acercó, y al sentir una presencia extraña, Pilar levantó la vista de su bordado, sin poder creer que frente a ella estaba un Bernat que, a pesar de su constitución ancha, se veía delgado, más maduro, con la piel ajada y canas en el cabello. Inmediatamente se abrazaron, se besaron y dejaron fluir sus emociones.

La niña de la bicicleta los observaba, tratando de entender qué sucedía entre su mamá y ese hombre que la abrazaba y hacía llorar. De repente, Pilar, con la respiración entrecortada, dijo: “Alba, es nuestra hija. Dale un abrazo y un beso a tu papá, que ya pudo regresar a estar con nosotras.” Bernat, atónito, se agachó y abrazó intensamente a la hija que no sabía que tenía, sintiéndose seguro, sereno y tranquilo, lleno de la felicidad que los embargaba. Poco a poco comenzaron a platicar, compartiendo emociones y todo tipo de preguntas. Pilar no había recibido noticias de Bernat ni de sus padres y hermanos. Al mismo tiempo, Alba le contaba que, al haber cumplido ya seis años, iba a la escuela Luis Vives, donde tenía muchos amiguitos que también venían al parque a pasear.

Alba rápidamente se conectó con su papá, algo que no le resultaba extraño, ya que desde que nació había escuchado constantemente el nombre de Bernat y la vida que compartía con su mamá. Ahora, podía platicar con él, un ser real al que quiso de inmediato. Bernat expresaba su alegría de manera confusa; por un lado, sentía que las lágrimas le llenaban los ojos mientras abrazaba a ambas, hasta que

se unieron en un profundo abrazo. En ese instante, comprendió que su labor permitía a muchas otras compatriotas vivir y sentir lo mismo que él. Con ese sentimiento de paz y tranquilidad, sabía que sería una emoción que lo acompañaría toda la vida.

Cruzaron el parque en silencio y con gratitud, y llegaron al edificio en la esquina de las calles Parras y Ámsterdam, donde Pilar había estado, siempre con la duda constante sobre el paradero de Bernat. Al entrar, pudo observar la limpieza, el orden y lo básico del mobiliario, destacando la máquina de coser Singer que Pilar utilizaba para mantener y cubrir los gastos con sus costuras.

Al día siguiente, Bernat llevó su escaso guardarropa a casa y, tras intentar ponerse en contacto tanto con los padres de Pilar como con los suyos en sus direcciones anteriores, les informaba con orgullo sobre el nacimiento de su nieta Alba. Comenzó a buscar trabajo, y su primera opción fue acudir al Archivo General de la Nación, respaldado por su experiencia en el Archivo General Estatal ubicado en el Castillo de Simancas, fundado por Carlos I en 1540. Este fue el primer y más antiguo archivo oficial de la Corona de Castilla y, posteriormente, de la Monarquía Hispánica y del Reino de España hasta Isabel II, sirviendo de ejemplo para otros archivos de documentación en España.

En México, el Archivo General de la Nación, inaugurado en 1790 por el Virrey Juan Vicente Guemes Pacheco y Padilla, Segundo Conde de Revillagigedo, también actúa como el órgano rector de la archivística en el país. Su objetivo es preservar, aumentar y difundir el patrimonio documental de México, además de promover la organización de archivos administrativos actualizados para salvaguardar la memoria nacional a corto, mediano y largo plazo, contribuyendo así a la transparencia y rendición de cuentas en el ejercicio del poder público.

El director del AGN también preside el Consejo Nacional de Archivos, un órgano colegiado que busca establecer una política nacional para los archivos públicos y privados, así como directrices para la gestión de documentos y la protección de la memoria documental nacional. Este consejo tiene su sede en el antiguo Templo de Guadalupe en Tacubaya y se extiende hasta el Palacio Nacional, llegando a las calles de Tacuba 8 en el Centro de la Ciudad de México.

Era un momento crucial; la falta de profesionales en el manejo de

documentos se convertía en un problema complejo. Así, Bernat logró su primer trabajo en México, con la oportunidad de avanzar en la cadena de mando y, al mismo tiempo, conocer la fascinante historia de su nuevo país. Participó en la organización de los archivos del Congreso Nacional de Archivistas en 1944.

La tranquilidad que les brindó la rutina les permitió reencontrarse y disfrutar de paseos por las zonas cercanas a la ciudad. Uno de sus lugares favoritos era el pueblo de Coyoacán, donde solían comer elotes hervidos cubiertos con sal, limón y un toque de chile, o esquites, que son granos de elote preparados de la misma manera. Este tipo de sazonado era común en México, ya fuera en frutas, como había visto en Veracruz, o en platillos como el consomé de pollo y el pescado. A veces, se aventuraban a probar tacos dorados de pollo o barbacoa de res, que venían acompañados de crema, jitomate, lechuga y un delicioso aguacate que se comía con todo y cáscara. Era importante tener cuidado con la cantidad de salsa que añadían; la roja, hecha con jitomate, era más picante que la de tomate verde, que incluía tomatillo, cebolla y cilantro. Poco a poco, se iban acostumbrando a los nuevos sabores y al picante de los alimentos. Para terminar, disfrutaban de unas ricas paletas de agua con sabores inusuales, como zapote, guanábana y mango.

Los domingos, se reunían con otras familias que tenían automóvil y se dirigían a Xochimilco, donde una serie de canales albergaban parcelas de tierra donde se cultivaban todo tipo de verduras frescas que compraban después de pasear y almorzar en las trajineras de remos. Estas embarcaciones, adornadas con arcos de flores y ramas, realzaban la experiencia, ya que contaban con mesas y sillas. Siempre se sorprendían por la variedad de productos que encontraban, especialmente después de haber vivido tanta escasez en España y durante su tiempo en los campos de refugiados en Francia. Los domingos, solían ir al mercado de San Juan, donde encontraban la mayoría de los ingredientes necesarios para preparar la diversa comida de las distintas regiones de España.

A Alba le encantaba visitar el bosque de Chapultepec, donde un castillo se alzaba en la cima de un cerro y, a sus pies, había un lago con lanchas de remos que Bernat manejaba con gran habilidad. Allí también había una feria con un hermoso carrusel de caballos de madera que subían y bajaban al ritmo de la música. Además, solían ir al zoológico, y al salir, encontraban una estación de tren con

ruedas de ferrocarril y chimenea, que daba la vuelta a una sección del parque. También podían subirse a los carritos tirados por chivos y tomarse fotos con el caballo de madera, mientras los niños lucían sombreros de charro y las niñas vestidos de China Poblana, trajes típicos que reflejaban el rico folklore mexicano.

Con el sueldo de Bernat, se permitían comer en restaurantes de comida española, donde los menús eran variados y abundantes, ajustándose a los precios que cada comensal podía pagar. Tenían la oportunidad de convivir con sus compatriotas, forjando amistades sin importar de qué región venían. El sentido de hermandad y apoyo florecía entre ellos. Alba deseaba pasar todo su tiempo libre con su papá, quien le enseñaba a leer y escribir, a entender el reloj y jugaba con ella y sus muñecas de sololoy. Pilar se sentía la más feliz al ver tanta alegría inesperada en su nueva patria.

El clima de la ciudad era muy variable y las estaciones parecían similares, pero en realidad no lo eran. Un día, mientras paseaban, los sorprendió un fuerte chaparrón y terminaron riéndose de lo empapados que estaban al llegar a casa. Durante la noche, Pilar comenzó a notar que Alba respiraba con dificultad y tenía fiebre. La bañaron con agua fría para ayudar a bajar su temperatura y decidieron llevarla al servicio médico al día siguiente.

Como contaban con la tarjeta médico-farmacéutica, que se ofrecía a los refugiados por un costo de 150 pesos al mes para una persona, 250 pesos para dos, y 30 pesos por cada persona adicional, podían acceder a atención médica. Los titulares de la tarjeta tenían derecho a que se cubrieran los gastos de tratamiento de todas las enfermedades de los beneficiarios, además de contar con servicios para maternidad y cirugías.

La atención médica estaba a cargo, principalmente, de médicos refugiados como el doctor D'Harcourt y el doctor Barnés, algunos de los cuales estaban dispuestos a trabajar para sus compatriotas sin cobrar. En 1942, ellos mismos fundaron la Sociedad Benéfica Hispana, dedicada a la atención médica externa en un consultorio, ya que no contaban con un sanatorio propio. El Sanatorio Español, que pertenecía a la antigua colonia española, ofreció su infraestructura a los refugiados, y muchos enfermos fueron internados allí, ya que tenían derecho a ello solo por ser españoles; también trabajaron allí algunos médicos exiliados.

Al llegar al consultorio de la Benéfica Hispana, la situación de Alba era crítica. Se le estaba formando una capa gris en la boca, lo que representaba un riesgo de obstrucción de las vías respiratorias, tanto en la laringe como en la faringe. Los médicos de la Benéfica Hispana, al detectar también erupciones en la piel, debilidad muscular, ganglios linfáticos inflamados, hinchazón, tos, escalofríos, fatiga y fiebre, le diagnosticaron difteria. A pesar de que la vacuna contra la difteria se descubrió en 1923, su eficacia era limitada.

A Alba le indicaron fuertes dosis de penicilina, que se volvió ampliamente accesible para el público en general. A partir de 1941, se descubrió que incluso niveles bajos de penicilina podían curar infecciones muy graves y salvar muchas vidas. Por sus descubrimientos, Alexander Fleming ganó el Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1928. Alba preguntaba a sus padres: ¿por qué después del 1 o del 2 hay tantos ceros en los frasquitos de penicilina?, sin entender el concepto de millones de unidades de penicilina que le estaban inyectando.

Rumbo a los campos del Ejército Nacional Mexicano se encontraba el Hospital Español, con múltiples pabellones distribuidos en un área de varias hectáreas cercanas a las de la Hacienda de los Morales y de Polanco, que comenzaban a fraccionar. Su costado poniente terminaba en la vía del ferrocarril de Cuernavaca y el molino de trigo, silos y la panadería pastelería de la próspera familia Elizondo, donde además del bolillo y telera habitual, comenzaban a vender pan salado tipo español.

Alba fue aislada en el pabellón dedicado a enfermedades contagiosas agudas. Debido al alto grado de contagio de la difteria, Bernat avisó a las autoridades del Colegio Madrid, donde Alba había sido trasladada al iniciar la escuela primaria, y se presentaron cuatro casos más en el salón de clases al que asistía.

Originalmente, el Colegio Madrid se ubicó en un terreno de 7,476 metros cuadrados, rodeado por tres líneas ferroviarias, en lo que había sido un chalet de verano de estilo suizo afrancesado de cinco pisos durante la época porfiriana. Quedó dañado tras la Revolución Mexicana y fue abandonado; posteriormente, se alquiló como vivienda. El 24 de abril de 1941, según consta en escrituras, fue comprado por José Andreu Abelló a Hugo Scherer por 120 mil pesos. Se adaptó como plantel educativo y el 21 de junio de ese año

abrió sus puertas como Colegio Madrid, una institución liberal y humanista fundada por exiliados republicanos españoles.

El Chalet Scherer, como se le conoce en los archivos históricos, era una construcción de más de 3,000 metros cuadrados, distribuidos en cinco pisos y diez habitaciones. “En esos primeros años, gracias a la gestión honesta de los fondos del gobierno republicano, cientos de niños y niñas pudieron alimentarse a diario en las instalaciones del colegio. De los 460 alumnos en 1941, 50 en el Jardín de Niños y 390 en Primaria, se pasó a 160 y 725 en 1947. A pesar de sus orígenes políticos, la calidad de la enseñanza no se vio afectada por el más mínimo adoctrinamiento, y se cultivó un sentimiento de hermandad que perduró entre los alumnos. Había otras instituciones, como el recién fundado Instituto Luis Vives, El Colegio Franco Español y varias otras de carácter confesional, segregadas por género, que parecían tener un deseo de renovación total y profunda”. Las desigualdades en las características personales, la educación política y los intereses comerciales o intelectuales de los emigrantes comenzaron a manifestarse, transformarse y reducirse, y el deseo de retorno perdía su sentido, sin saber si aún era una ilusión o un espejismo. Aún llegaba propaganda franquista... Millones de carteles con expresiones grandilocuentes que intentaban tranquilizar a quienes se atrevían a leerlas; desde luego, sin lograrlo. ¡No temáis!, el Generalísimo os dará pan y trabajo si no habéis cometido crimen alguno. ¡Arriba la Santa Cruzada! ¡Arriba España! ¡Una! ¡Grande! ¡Libre! ¡¡¡Franco, Franco, Franco!!!

Al igual que los emigrantes anteriores que vinieron a “Hacer la América”, desde la época colonial hasta el siglo XX, el pueblo se refería a los españoles establecidos en México o Centroamérica como Gachupines. Este término, que tiene una connotación despectiva, se originó a partir de un apellido hidalgo español del norte: los Cachopines, de Laredo, en la actual Cantabria. Se popularizó en los siglos áureos como un estereotipo y un personaje literario que representaba a los hidalgos, una clase social relativamente alta caricaturizada como prepotente. También a los emigrantes republicanos se les llamaba de la misma manera, aunque en ocasiones se utilizaba con un tono más afectuoso.

Se fundaron instituciones no solo de beneficencia, sino también médicas y escolares, organizando grupos que acudían a ellas según su lugar de origen en la península. Los emigrantes republicanos

continuaron con las tradiciones, fomentándolas con nuevas opciones.

El Casino Español fue fundado en 1863, en la calle de Isabel La Católica, casi esquina con la antigua calle de Plateros, hoy conocida como Francisco I. Madero, por algunos peninsulares que se habían establecido en México. Su objetivo era proporcionar un lugar de encuentro para la colonia española, permitiéndoles mantener vivas sus raíces en un ambiente de boato y esplendor, con grandes salones de banquetes y oficinas.

El Orfeó Català de Mèxic (en español: Orfeón Catalán de México) no es solo un restaurante, sino un centro de reunión fundado en 1906. Es una entidad social, musical y cultural para los catalanes residentes en la Ciudad de México. Una de sus principales iniciativas fue la formación de un coro que recuerda las canciones de su país natal, además de ofrecer actividades culturales como clases de catalán y contar con una biblioteca.

Responsabilidad Limitada se estableció con la escritura registrada en el volumen 70 número 2978 en junio de 1907. Se constituyó como una sociedad cooperativa con el objetivo de continuar el legado de la extinta Asociación Vasca De San Ignacio De Loyola y ofrecer a sus accionistas un espacio adecuado para conferencias literarias y científicas, conciertos y otras reuniones organizadas por la sociedad; así como clases de idiomas, contabilidad y otras actividades, además de juegos lícitos que se establezcan.

Independiente del Centro Vasco, durante la dictadura de Porfirio Díaz en México, se fundó el Frónton México, donde destacados pelotaris españoles y mexicanos, apasionados por el deporte del frontón, se reunían. Este deporte consiste en lanzar una pelota sólida contra las paredes y recibirla en una cesta alargada de mimbre rígido con una manopla. Este lugar se convirtió en un centro de encuentro para los emigrantes en la Ciudad de México, y también se juega en espacios privados como el Club Mundet y el Club España.

El Centro Asturiano de México, fundado el 7 de febrero de 1918, es una asociación civil sin fines de lucro que tiene como objetivo proporcionar un lugar de reunión para los inmigrantes y descendientes de inmigrantes asturianos en la Ciudad de México, así como promover deportes para sus miembros.

En cuanto al Centro Gallego, la mayoría de los gallegos residentes y naturalizados en México utilizan el gallego como lengua de comunicación con sus compatriotas de otras comunidades, y suelen hablar su lengua materna entre ellos, especialmente aquellos nacidos en Galicia. En la revista *Anduriña* (que significa Golondrina en castellano), publicada por el Centro Gallego de México desde 1948, se pueden aprender algunas lecciones de gallego; además, se informa sobre actividades culturales de esta comunidad y se ofrece una búsqueda de contactos familiares en Galicia, así como reportajes de interés general.

Un fuerte lazo entre México y España fueron las corridas de toros. El Toreo de la Colonia Condesa se ubicaba entre las calles de Valladolid y Salamanca, Durango y Oaxaca. Las tardes de toros eran espectaculares, destacando a Lorenzo Garza Arrambide, conocido por su calidad en el toreo como Lorenzo el Magnífico. Su carrera estuvo marcada por escándalos en el ruedo que generaron polémica, divisiones de opiniones y grandes broncas, incluso con las autoridades civiles y del coso, ganándose el apodo de el Ave de las Tempestades. Lorenzo Garza era famoso por sus tardes extremas: o triunfaba rotundamente o fracasaba, provocando broncas y escándalos. En una ocasión, subió a los tendidos con la espada en mano para confrontar a un aficionado que supuestamente lo había insultado. En 1947, alternó con Manuel Rodríguez Manolete, y su actuación fue tan desastrosa que el público destrozó los carteles publicitarios, quemó las almohadillas y arrancó el reloj de la plaza. Lorenzo Garza llegó a pasar una noche en la prisión del Carmen, vestido con su traje de luces. A pesar de sus escándalos, es considerado uno de los mejores exponentes del pase natural, que llegó a ejecutar arrodillado. Se recuerdan sus faenas a Amapolo, Príncipe Azul, Terciopelo y Rabioso.

Bernat sentía una profunda nostalgia por lo español, lo que lo llevó a convertirse en un asistente habitual en las corridas de toros. En 1947, tuvo la oportunidad de asistir a varias tardes con Manolete en la Plaza México, donde se lidiaron toros de La Punta. También presencié corridas con Domingo Ortega, Silverio Pérez y Fermín Rivera. Con toros de San Mateo, vio a Lorenzo Garza y Arturo Álvarez “El Vizcaíno”, quien cortó las orejas y el rabo al toro “Murciano”, un negro bragado que le dio una aparatosa voltereta. A “Boticario” número 10, también negro bragado, le cortó los máximos trofeos.

El 9 de febrero de 1947, en Mérida, con Fermín Rivera y Gregorio García lidiando toros de la hacienda de Palomeque, fue la última corrida de Manolete en México antes de la tragedia en Linares.

El único festival en el que participó el torero cordobés en el país tuvo lugar en la antigua plaza de León, Guanajuato, el 28 de enero de 1946. Lidió un novillo de Xajay y compartió cartel con Ricardo Torres, Gitanillo de Triana, Antonio Velázquez y Luis Procuna. El ruedo de la Condesa quedaba a unas pocas cuadras de su departamento en las calles de Laredo y Nuevo León. Al salir, iba a las Chufas en la calle de Salamanca, a la Pastelería Suiza por los Chous de chocolate rellenos con la deliciosa crema que le encantaba a Alba, y al Whympis, un restaurante bar ubicado en un terreno en cuchilla entre las calles de Oaxaca y Álvaro Obregón, que estaba coronado con un sombrero de charro. También solían comer paella a la valenciana en el “Restaurante Chico”, al inicio de la avenida Álvaro Obregón. Mientras él iba a estos lugares, por las noches muchos aficionados y miembros de la sociedad acudían a bailar y ver las variedades en el Nightclub “Río Rosa” y en el “Club Astoria”, administrados por Manuel Gómez, el primer marido de la cantante María Victoria, quien actuaba en esos lugares. Como vemos, aun después de tantas vicisitudes pasadas juntos, a pesar de las diferentes afiliaciones políticas, sociales, intelectuales, etc., los paisanos de cada región son hijos de su grupo y españoles en un todo en el que no siempre están de acuerdo. La correspondencia con los familiares en España, a pesar del riesgo de ser interceptada y malinterpretada, permitió a Pilar saber que sus padres seguían donde mismo y agradecían la ayuda económica que recibían desde México, la cual les permitía distribuir entre los familiares que lograron sobrevivir. Los padres de Bernat, a pesar de tanta prosperidad económica, estaban delicados de salud, enfermedades que iban a tratar a París y/o Londres.

La vida en México continuaba de manera habitual, con la familia socializando con los padres de las amistades de Alba, las conocidas y amigas de Pilar del Parque México, así como con los compañeros de trabajo y tertulia de Bernat. Cada vez más, Bernat, gracias a sus excelentes conocimientos académicos en archivonomía y bibliotecología, y su manejo preciso y clásico del español, fue invitado a participar en el Colegio de México.

“Los orígenes de El Colegio de México, fundado bajo los auspicios de la Universidad Autónoma de México, se remontan a La Casa de

España en México (1938-1940). Este fue el germen de El Colegio de México, un refugio para intelectuales españoles republicanos y el origen de grandes obras académicas, que renovó la cultura mexicana y ocupa un lugar destacado en el desarrollo científico del país. En marzo de 1939, el presidente Lázaro Cárdenas nombró a Alfonso Reyes como presidente de La Casa de España y de su patronato. Este patronato se formó definitivamente con Eduardo Villaseñor, subsecretario de Hacienda, en representación del Gobierno; Gustavo Baz, rector de la Universidad Nacional; Enrique Arreguín, en nombre de la Secretaría de Educación Pública, y Daniel Cosío Villegas como secretario del patronato y de La Casa, siendo el segundo al mando. Los fundadores establecieron los sólidos cimientos sobre los cuales, a partir de octubre de 1940, se pudo construir El Colegio de México que conocemos hoy. Alfonso Reyes fue su primer presidente. Bajo su liderazgo, en 1948, también se fundó el actual Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, creado por el exiliado argentino Raimundo Lida, quien en 1947 ya había iniciado la primera revista especializada de la institución, la Nueva Revista de Filología Hispánica.”

El lema “La Técnica al Servicio de la Patria” fue utilizado por algunos estudiantes incluso antes de la fundación del IPN. Sin embargo, fue durante el Primer Congreso Nacional de Estudiantes Técnicos, celebrado en Chihuahua en 1937, que el estudiante Jesús Robles sugirió la frase “La Técnica al Servicio de una Patria Mejor”. Con el tiempo, este lema se transformó en “La Técnica al Servicio de la Patria”, que refleja los ideales del Politécnico y el renacer de la autonomía cultural y económica a través de la creación de pequeñas industrias por grupos de empresarios mexicanos, estadounidenses y emigrantes de España, Líbano y comunidades judías.

Después de haber enfrentado tantos incidentes desgarradores y angustias, Bernat se dedicaba con entusiasmo y alegría a su trabajo. Una de sus metas era resaltar la importancia de conocer los hechos del pasado en sus clases en la Escuela de Archivonomía y Bibliotecaria de la UNAM.

La Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía tenía como antecedentes recientes la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros, que fue fundada en 1916 gracias a la iniciativa del profesor Agustín Loera y Chávez, Subdirector de la Biblioteca Nacional. Él presentó al Gobierno de México un proyecto que justificaba su

creación, quedando así adscrita a la Biblioteca Nacional. Sin embargo, en 1918, esta primera escuela cerró debido a los movimientos y cambios que ocurrían en el país, así como por la falta de recursos económicos. En 1925, se estableció una segunda institución, la Escuela Nacional de Bibliotecarios, que funcionó durante tres años.

En 1944, durante el Tercer Congreso Nacional de Bibliotecarios y Primero de Archivistas, se presentó el Proyecto para la Creación de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas, el cual fue aprobado por el Presidente de la República, General de División Manuel Ávila Camacho, lo que llevó a la fundación formal de la Escuela el 20 de julio de 1945. Al llegar a casa, Bernat encontró a Pilar, quien le extendió un sobre proveniente de Suiza, dirigido a él. La sorpresa fue enorme cuando abrió la carta y se enteró de que su madre había fallecido y que le heredaba parte de la inmensa fortuna que había recibido de sus padres, resguardada en un banco suizo. La tristeza lo invadió, ya que la comunicación entre ellos no era frecuente debido a que Bernat estaba proscrito en España. Desde su apresurada visita a casa de sus padres en 1939, y con la ayuda de su chofer de confianza que lo acompañó a él y a Pilar a cruzar la frontera hacia Francia, nunca había solicitado ningún tipo de apoyo. Era un sentimiento confuso; por un lado, el amor y respeto que les tenía, y por otro, el conflicto de ideas y posturas diferentes, sin olvidar el miedo de que, a pesar de su posición social y económica, pudieran verse involucrados en las acciones de su hijo rebelde. A pesar de su confuso estado de ánimo, comenzó las negociaciones con los representantes de la poderosa banca suiza, que, bajo el pretexto de mantener cuentas secretas, cometía todo tipo de abusos para dificultar a los herederos, españoles, judíos y muchas otras víctimas de la guerra que habían depositado sus bienes con la esperanza de que sus inversiones estarían protegidas. Ellos habían confiado sus fortunas para asegurar el futuro de sus hijos sobrevivientes de las grandes conflagraciones bélicas, pero la banca suiza, con el fin de quedarse con las inversiones, les exigía documentos que habían desaparecido durante el Holocausto y las cruentas guerras pasadas.

El representante del banco le insistía para que tomara decisiones de inversión en la posguerra en Europa. Él se mantuvo firme, logró transferir sus bienes y decidió dedicarse a una editorial. La rapidez del éxito de la “Editorial Triunfo”, fundada en 1946, es donde entró Bernat como capitalista y miembro del consejo, lo que permitió

publicar libros populares de autores mundialmente famosos y obras de escritores mexicanos, españoles o latinoamericanos. El auge de ventas fue inmediato. También invirtió en la industria de los muebles para las pujantes familias que salían adelante con el fruto y las remuneraciones de su trabajo, aumentando aún más la fortuna de Bernat.

El apogeo de las industrias anteriores y recientes, junto con los estímulos culturales e intelectuales, crearon capitales y obras sociales como el Deportivo y el Asilo para Ancianos, fundado por el catalán Artur Mundet. En 1902, comenzó a producir una línea propia de refrescos carbonatados: el Sidral Mundet, hecho, como la sidra, con jugo de manzana, que era sometido a un proceso de pasteurización para evitar su fermentación.

El Sidral Mundet se hizo muy popular y se convirtió en una bebida emblemática en la cultura mexicana, consolidando la fortuna familiar y el triunfo empresarial. En 1944, comenzó el proyecto colosal de un gran parque de 90,000 m² en el centro del Distrito Federal, continuando sobre el eje de la Avenida Ejército Nacional (la misma avenida en la que se ubica el Hospital de la Beneficencia Española). Abierto al público y con instalaciones para practicar todo tipo de deportes, el Parque Mundet fue terminado en 1956, tras una inversión de dos millones de dólares.

La Casa Hogar para Ancianos Arturo Mundet, un modelo en su tiempo, comenzó a operar en octubre de 1940. También se fundó en un edificio de cinco pisos la Maternidad Mundet, ubicada en la zona de hospitales de la avenida Cuahutemoc, al lado del “Hospital General de la Ciudad de México”.

“El proyecto del Hospital General fue aprobado el 22 de noviembre de 1895 por el entonces presidente de la república, Porfirio Díaz, quien decidió que el doctor Eduardo Liceaga fuera nombrado director médico. Además, se designó al ingeniero Roberto Gayol como el constructor del nuevo hospital. Ambos, elegidos por la presidencia, desempeñaron sus funciones hasta el 14 de mayo de 1904, cuando se completaron las obras. Para la construcción del edificio se eligió un amplio terreno, en su mayoría cedido por Pedro Serrano, en la entonces casi despoblada colonia Hidalgo. Las obras comenzaron el 23 de julio de 1896 y finalizaron el 31 de diciembre de 1904, bajo la dirección del ingeniero Manuel Robledo Guerra en los últimos

meses. Fue inaugurado el 5 de febrero de 1905 por Porfirio Díaz, con un costo de cuatro millones ochocientos mil pesos y comenzó con cuatro especialidades básicas. El primer director del Hospital General fue el médico militar Fernando López.”

El hospital se compone de 49 pabellones, diseñados con altos techos y pasillos tanto internos como externos, elaborados por expertos que, sin conocer la realidad, asumieron que el clima de la Ciudad de México era tropical. Este error también fue cometido por otros hospitales, como el de la Beneficencia Franco Suiza en las calles de Niños Héroes y el American British Cowdray, ubicado a la entrada del Bosque de Chapultepec. El Hospital General contaba con 19 garitones de vigilancia situados dentro de la barda y 5 porterías en los pabellones de infecciosos, 1 de ginecología, 1 para pensionistas no infecciosos, 1 de observación y 3 de maternidad. Diecisiete edificios estaban destinados a servicios generales, y su capacidad era de 800 camas, con la posibilidad de ampliarse a 900 en el futuro. Durante las décadas de 1920 y 1930, el hospital experimentó un notable crecimiento, con médicos destacados como el urólogo Aquilino Villanueva, el cardiólogo Ignacio Chávez, el gastroenterólogo Abraham Ayala González, el nutriólogo Salvador Zubirán y el tisiólogo Ismael Cosío Villegas, entre otros. Estos profesionales formaron a especialistas que fundaron los Institutos Nacionales de Salud, como el de Enfermedades de la Nutrición, Cancerología y Enfermedades Respiratorias.

Desde 1930, las familias adineradas españolas que se establecieron en México comenzaron a abandonar el centro de la ciudad y a trasladarse hacia las afueras, en áreas cercanas al Hospital Español, Polanco y Chapultepec Morales. En este contexto, construyeron la Iglesia de la Covadonga en la avenida de las Palmas en Lomas de Barrilaco, curiosamente paralela a la reconocida zona de las Lomas de Chapultepec. También fundaron la Colonia Lindavista, que ocupa lo que antes era el Rancho Los Pirineos. Este rancho pertenecía a los hermanos Don Martín y Don Miguel Oyamburu Arce, empresarios prominentes de la época, conocidos por haber establecido la Cervecería Modelo, un rancho petrolero en Tamaulipas y el Banco Español de Crédito. En este terreno, se producía leche utilizando la maquinaria más avanzada de la época. Tras el final de las batallas de la Revolución Mexicana, los hermanos decidieron fraccionar los terrenos para dar paso a la construcción de Lindavista.

Lindavista es una colonia residencial situada al norte de la Ciudad de México. Al igual que sus alrededores, fue fundada en los años 30, en un periodo significativo de urbanización que surgió gracias a la vecina Colonia Industrial. Las grandes casonas rodeadas de hermosos jardines ofrecían un remanso de paz. Durante una de sus visitas, Bernat y Pilar quedaron cautivados por la belleza natural de la zona y decidieron construir su casa, que incluiría un espacio para las oficinas de Bernat y un área de juegos en el jardín para que Alba pudiera disfrutar con sus amigos.

Había un amplio chalet de un piso al que Pilar dedicó todo su esmero en la decoración, destinado a sus padres, quienes se encontraban solos en su tierra natal y pronto llegarían a México por Aerovías Guest.

Un millonario norteamericano que disfrutaba de la vida en México, Winston Guest, decidió invertir en el país y fundó una línea aérea que llevaba su nombre: Aerovías Guest. Era 1946, la Segunda Guerra Mundial acababa de finalizar y en Estados Unidos había una gran cantidad de jeeps y aviones que habían quedado sin uso, construidos para satisfacer la demanda durante el conflicto. Winston Guest adquirió un DC-4, pero su intención no era ofrecer servicios de transporte dentro de México, ya que eso estaba cubierto por una larga lista de compañías aéreas, alrededor de 38, la mayoría de ellas pequeñas. Su objetivo era ofrecer servicios internacionales, especialmente trasatlánticos.

En ese momento, España estaba bajo el gobierno del Generalísimo Franco, quien mantenía un estricto control sobre las divisas del país. El permiso para que Guest pudiera volar tardó casi dos años en obtenerse, y todo se gestionó a través de Nueva York, dado que México y España no tenían relaciones diplomáticas. Finalmente, en 1948, comenzó la operación de la ruta, que debido a las limitaciones técnicas, requería varias escalas y el recorrido total se extendía a 30 horas.

Los mexicanos requerían de una visa para entrar en España y los españoles de otra para entrar en México; al no haber representación diplomática, las oficinas de Guest facilitaban los trámites y así lo anunciaban en el diario ABC de Madrid el 9 de septiembre de 1948: “La Compañía Aérea Mexicana “Aerovías Guest, S.A.” ha sido autorizada para conceder el visado de entrada en México, sin

retraso ni molestias al momento de retirar su billete, a aquellos pasajeros que tengan en regla el resto de su documentación para el traslado a dicha nación, y cuenten con la autorización de salida de las autoridades españolas. Nuestro servicio les ayudará a tramitar su visado de inmigración”. Así pues, la oficina de una línea aérea se transformaba, en buena medida, en servicio consular, además de promotor turístico para nuestro país. Fueron casi dos años en que se operó la ruta, no con mucho éxito pues las escalas que hacía en Miami, Bermudas, Santa María de Azores y Lisboa, y el equipo un poco anticuado para la época en que lo que más evolucionaba eran los aviones, le hizo perder competitividad, más aun el impedimento que tenían para sacar de España los ingresos por venta de boletos, los costos de operación no eran cubiertos por el ingreso que obtenían en las escalas intermedias, la línea decidió salir de operación de España.

Con la ayuda de Bernat y Pilar, La hermana de Pilar viuda y sus hijos llegaron a Cuba, donde se asentaron en una amplia casa en Varadero y se dedicaron al comercio de abarrotes. Los hijos de sus hermanos habían llegado paulatinamente y se establecieron en la ciudad de México haciendo un excelente equipo para manejar primero una y después varias panaderías.

“Tenemos 350 variedades de pan de dulce; no sacamos las 350 para no fastidiar al cliente, pero alguno viene y dice: ‘Oiga yo quiero piedras’, pues piedras le voy a tener para que tenga lo que él guste”.

En los aparadores y vitrinas del negocio, ubicados en 16 de septiembre y en las calles de 5 de Febrero del Centro Histórico, se pueden ver conchas, cuernos, banderillas, campechanas, orejas, panques, rebanadas de mantequilla, pan tradicional, americano, danés, pastas secas, pasteles de cumpleaños, bodas, bautizos, tartas, flanes, galletas, gelatinas, bocadillos, y muchas otras delicias. Mientras los diferentes grupos de republicanos se integraban y afianzaban poco a poco en su nueva patria, la añoranza por la tierra madre crecía, aunque sin la intención de regresar a la ingrata e injusta España de Franco, apoyada por la falange, los terratenientes y comerciantes de la derecha y extrema derecha, así como por el clero y el Vaticano. Las consecuencias de la Guerra Civil han dejado una huella profunda en la historia de España, debido a su carácter excepcionalmente dramático y duradero: tanto en lo demográfico —con la mortandad y el descenso de la natalidad que afectaron

la pirámide poblacional durante generaciones— como en lo material —la destrucción de ciudades, la estructura económica y el patrimonio artístico—, en lo intelectual —el fin de la llamada Edad de Plata de las letras y las ciencias— y en lo político —la represión en la retaguardia de ambas zonas, mantenida por los vencedores con diferentes intensidades durante todo el franquismo, y el exilio republicano—, efectos que se perpetuaron mucho más allá de la prolongada posguerra, incluyendo la excepcionalidad geopolítica del régimen de Franco, que se mantuvo hasta 1975.

Las relaciones entre México y España se rompieron durante el franquismo, lo que llevó a la República Española a vivir años muy difíciles, junto con todos aquellos que tuvieron que abandonar la península. Fue hasta 1945, en el Salón de Cabildos del Antiguo Palacio del Ayuntamiento (hoy Gobierno de la Ciudad de México), que la República pudo reorganizarse. Pasaron un año en México antes de trasladarse a París, donde permanecieron hasta su disolución en 1977. La muerte del dictador Francisco Franco, el 20 de noviembre de 1975, abrió la puerta a un nuevo acercamiento entre ambos países. Sin embargo, en septiembre de 1975, a solo dos meses de su fallecimiento, cinco miembros del grupo Euskadi Ta Askatasuna (País Vasco y Libertad) fueron ejecutados por terrorismo. En respuesta, el gobierno del presidente Luis Echeverría canceló los vuelos entre Madrid y la Ciudad de México, cerró la Oficina de Negocios de España en el país y la representación de la agencia de noticias EFE. El régimen franquista respondió cerrando la Oficina Mexicana en Madrid y la representación turística, además de recordarle al presidente Echeverría que no debía presumir de su moralidad, ya que él había sido secretario de Gobernación durante la matanza de Tlatelolco en 1968. En febrero de 1977, el ministro de Asuntos Exteriores del gobierno español, Marcelino Oreja, recibió una llamada del secretario de Relaciones Exteriores de México, Santiago Roel. Esta llamada marcó el inicio de una serie de conversaciones para poner fin a la separación que habían vivido los dos países desde el final de la Guerra Civil española. Es importante recordar cómo ambos países lograron resolver sus diferencias y decidieron que era más valioso mirar hacia el futuro juntos que vivir en enemistad por el pasado.

En esta historia, la fecha más lejana es 1939. Ese año, la República Española fue derrotada por las tropas de Francisco Franco. El

gobierno de Lázaro Cárdenas apoyó a los republicanos, ya que creía que un triunfo de Franco podría fortalecer a los grupos de derecha en México, además de considerar injusto que el franquismo contara con el respaldo de la Alemania nazi.

El gobierno mexicano brindó apoyo a la República Española enviando armas y dinero, y acogiendo a los refugiados —niños, intelectuales y ciudadanos comunes— que huían de su país. Tras la victoria de los franquistas, México protestó ante la Sociedad de las Naciones, argumentando que se trataba de una sublevación contra el gobierno legítimamente establecido en España.

El presidente Lázaro Cárdenas decidió no reconocer al gobierno franquista como el legítimo mandatario de España. Los presidentes mexicanos que le siguieron mantuvieron esta postura e incluso rechazaron la posibilidad de que España se uniera a la Organización de las Naciones Unidas.

Sin embargo, este rechazo colocaba a México en una situación complicada, ya que, aunque reconocía a la República Española, no podía establecer acuerdos comerciales o culturales con ella, dado que los republicanos no controlaban el territorio español. Por su parte, el gobierno franquista deseaba tener relaciones con México, pero eso era imposible mientras existieran sus enemigos, los republicanos.

Esto llevó a que México mantuviera una relación formal con la República —a través de los refugiados que vivían en el país, los aniversarios y homenajes a Lázaro Cárdenas— mientras, al mismo tiempo, establecía relaciones comerciales y culturales con la España de Franco. Ya en 1947, y sin embajadores, México y España firmaron un acuerdo para facilitar el comercio entre ambos países, y en los años siguientes, figuras como Manolete, Sara Montiel, Agustín Lara y Pedro Vargas viajaron de un lado a otro del Atlántico.

A medida que pasaron los años, la relación entre México, la República Española y el gobierno franquista comenzó a transformarse. En 1969, Juan Carlos de Borbón fue nombrado príncipe de España y sucesor de Francisco Franco como rey. Con él, surgió una nueva generación de políticos españoles, como Manuel Fraga y Adolfo Suárez, quienes habían desarrollado sus carreras bajo el franquismo, pero eran conscientes de que este régimen estaba llegando a su fin y que era necesario democratizar España.

En este contexto, México jugaría un papel crucial, ya que restablecer relaciones con este país le permitiría a España consolidar su presencia en el continente. Sin embargo, para lograrlo, era necesario realizar cambios en la península.

Francisco Franco tenía poco tiempo de vida, y en ambos países, las élites esperaban el momento propicio para restablecer la conexión. La muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975 abrió la puerta para que ambas naciones se acercaran nuevamente.

En 1976, el presidente electo de México, José López Portillo, consideró que, tras la desaparición del caudillo y el restablecimiento de la monarquía en España con el rey Juan Carlos I, era el momento adecuado para unir a las dos naciones. Sin embargo, el gobierno mexicano necesitaba asegurarse de que la monarquía llevaría a cabo una democratización en España. Además, había que poner fin a las relaciones con la República, lo cual no parecía una tarea sencilla al principio.

A medida que pasaron los años, la relación entre México, la República Española y el gobierno franquista comenzó a transformarse. En 1969, Juan Carlos de Borbón fue nombrado príncipe de España y sucesor de Francisco Franco como rey. Con él, surgió una nueva generación de políticos españoles, como Manuel Fraga y Adolfo Suárez, quienes habían desarrollado sus carreras bajo el franquismo, pero eran conscientes de que este régimen estaba llegando a su fin y que era necesario democratizar España.

En este contexto, México jugaría un papel crucial, ya que restablecer relaciones con este país le permitiría a España consolidar su presencia en el continente. Sin embargo, para lograrlo, era necesario realizar cambios en la península.

Francisco Franco tenía poco tiempo de vida, y en ambos países, las élites esperaban el momento propicio para restablecer la conexión. La muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975 abrió la puerta para que ambas naciones se acercaran nuevamente.

En 1976, el presidente electo de México, José López Portillo, consideró que, tras la desaparición del caudillo y el restablecimiento de la monarquía en España con el rey Juan Carlos I, era el momento adecuado para unir a las dos naciones. Sin embargo, el gobierno mexicano necesitaba asegurarse de que la monarquía llevaría a cabo una democratización en España. Además, había que poner

fin a las relaciones con la República, lo cual no parecía una tarea sencilla al principio.

A unas semanas de su toma de protesta, José López Portillo envió a España al político Santiago Roel, quien sería su secretario de Relaciones Exteriores, con la misión de entrevistarse con las autoridades del pequeño pueblo de Caparroso, en Navarra, a quienes deseaba invitar a la ceremonia porque de ahí venía su familia. En realidad, Santiago Roel tenía la encomienda de acercarse de manera oficiosa al gobierno español para sondear la posibilidad de restablecer las relaciones rotas desde 1939. No todos en el gobierno mexicano estaban de acuerdo con restablecer relaciones diplomáticas con España. La Secretaría de Relaciones Exteriores aconsejó al presidente López Portillo que esperara un momento mejor para el acercamiento, ya que había temor de que la monarquía española dejara de lado sus promesas de democratización y reprimiera a los opositores, pero el jefe del ejecutivo tomó por sí solo la decisión que cambió la historia. Marcelino Oreja, ministro de Asuntos Exteriores de España, recibió con agrado la noticia de que el gobierno mexicano estaba considerando la posibilidad de restablecer relaciones, pero también pensaba que eso solo sería posible si antes México terminaba su contacto con la República Española. Su representante, Fernando Arias Salgado, viajó a México en febrero de 1977 y se reunió con Santiago Roel para comenzar una serie de conversaciones que culminarían con el restablecimiento de las relaciones entre los dos países. El acercamiento entre México y España se dio en cuestión de pocos meses. Confiando en que España llevaría a cabo una profunda reforma política que, entre otras cosas, permitiría la libertad de expresión y legalizaría a los partidos de oposición, México dio los pasos necesarios para reunir a las dos naciones.

Mientras tanto, el gobierno de la República Española, que se encontraba en París, seguía con atención los acontecimientos en la península. Los republicanos se veían imposibilitados de recuperar el poder y, ante el compromiso de la Corona de llevar a cabo elecciones generales el 15 de junio de 1977, tomaron la decisión de romper relaciones con México y, posteriormente, disolverse. Rodolfo Echeverría, subsecretario de Gobernación, fue designado por José López Portillo para reunirse en París con el último presidente de la República Española, José Maldonado González. Echeverría le

explicó que, con la muerte de Franco, México estaba en condiciones de reanudar sus relaciones con España, pero no deseaba cortar de manera abrupta los lazos con la República. El presidente Maldonado respondió que “hacia México solo tenemos sentimientos de gratitud y amor” y que no se opondrían a que el país se acercara a la monarquía. El 18 de marzo de 1977, el presidente Maldonado y otros miembros de la República Española se encontraron en la Residencia Oficial de Los Pinos con el presidente López Portillo, el canciller Santiago Roel y el secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles. En esa reunión, anunciaron a la prensa que las relaciones entre ambos gobiernos quedaban canceladas, agradeciendo a México por haber mantenido viva la antorcha de la esperanza para los españoles exiliados. Solo faltaba restablecer las relaciones con el Reino de España. El 28 de marzo de 1977, el ministro Oreja y el Secretario Roel se encontraron en el hotel Jorge V en París para intercambiar notas diplomáticas, mediante las cuales ambos países acordaron establecer misiones diplomáticas permanentes a nivel de embajador. A partir de ese momento, todo avanzó rápidamente: el presidente del gobierno, Adolfo Suárez, visitó México en abril de 1977; en octubre de ese mismo año, José López Portillo viajó a España y un año después, Juan Carlos I hizo una visita a México.

Carlos Fuentes escribió: “Nuestra relación con España es como nuestra relación con nosotros mismos: conflictiva. Y de parejo signo es la relación de España con México: irresuelta, enmascarada, a menudo maniquea. Sol y sombra como en un ruedo ibérico. La medida del odio es la medida del amor. Una palabra lo dice todo: pasión”. Y también amistad.

EPÍLOGO



Para celebrar los 37 años de Alba y su décimo aniversario de bodas, Bernat y Pilar invitaron a su hija, su yerno y sus tres nietos a conocer la España de la que tanto hablaban sus padres, abuelos, tíos y maestros. Todos regresaban como turistas al país del que habían estado excluidos durante tantos años.

Ya no era la España del fascista Franco, sostenida por su Falange, ni de los diversos grupos republicanos. Era el inicio de una España diferente, aunque bajo el orden de Franco, monárquica. El Rey Juan Carlos enfrentaba dificultades para establecer una Monarquía Parlamentaria con visos de democracia, lidiando con estos dos grupos que debían integrarse. Los republicanos seguían siendo los herederos de las elecciones de 1931 que habían ganado y que intentaron mantener durante la guerra, utilizando cualquier medio a su alcance, llegando a extremos brutales. Por otro lado, los falangistas olvidaban la intervención de la Italia fascista y la Alemania nazi, que les permitió entrar en una triste contienda entre padres, hijos, hermanos, amigos y compañeros. Cada uno tiraba de la cuerda que terminó rompiéndose con el triunfo del fascismo durante 40 años, y ya en democracia decían: “Y pensar que si no hubiéramos tenido a Franco, nos hubieran aniquilado”.

En 1981, hubo un golpe de Estado, un intento fallido perpetrado el 23 de febrero de 1981 por algunos mandos militares en España. Los hechos principales ocurrieron en las ciudades de Madrid y Valencia. En Madrid, a las 18:23 horas, un numeroso grupo de guardias civiles, bajo el mando del teniente coronel Antonio Tejero, asaltó el Palacio de las Cortes durante la votación para la investidura del candidato a la Presidencia del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo, quien hasta entonces era vicepresidente segundo del Gobierno y diputado de la Unión de Centro Democrático (UCD). Los diputados y el Gobierno de España se encontraban en una situación crítica.

La ciudad de Valencia fue ocupada militarmente debido al estado de excepción proclamado por el teniente general Jaime Milans del Bosch, capitán general de la III región militar. Dos mil hombres y cincuenta carros de combate fueron desplegados en las calles de la ciudad. A las 21 horas de ese mismo día, el diario El País lanzó una edición especial en contra del Golpe, con el titular en primera plana: «El País, con la Constitución». A la una de la madrugada del 24 de febrero, el rey Juan Carlos I, vestido con el uniforme de capitán general de los Ejércitos, se dirigió a la nación por televisión para manifestar su oposición a los golpistas y defender la Constitución española. Poco después, Milans dio la orden de que los contingentes militares que ocupaban Valencia regresaran a sus unidades. El secuestro del Congreso finalizó al mediodía del día 24. El Tribunal Supremo condenó a 30 años de cárcel a Milans, Tejero y Alfonso Armada como principales responsables del golpe de Estado, aunque estas penas fueron posteriormente reducidas a entre uno y siete años, excepto la de Tejero, que duró quince años. En total, doce miembros de las Fuerzas Armadas, diecisiete miembros de la Guardia Civil y un civil fueron condenados. A excepción de Tejero, todos los demás fueron indultados o liberados antes de 1990. Así han sido los esfuerzos por homogenizar una España que, a lo largo de su historia, ha mantenido cada región con sus características propias, formando un todo que es la España integrada en la Comunidad Europea y en el mundo actual.

BIBLIOGRAFÍA DE REFLEXIONES

MANUEL YUDOVICH BURAK



¿Cuál fue el destino de los derrotados en la guerra? La única razón clara y contundente fue que optaron por el exilio. Se trasladaron a Francia y a otros países europeos, algunos se dirigieron al Norte de África y muchos más a los países hermanos de Iberoamérica.

1.El Maestro Gaos los denominó “transterrados”. <https://www.gaceta.unam.mx/la-riqueza-academica-del-exilio-español-en-mexico>

2.“Huyendo del Fascismo” Juan Jesús González Ruiz. Ediciones Akal 2009 Madrid, España. ISBN 978-84-96797-09-03

3.Éxodos Primera edición en este formato: febrero de 2014 © de la traducción: 1979 by Baldomero Porta Gou © del diseño de portada: 2014 by Pablo Leonardo ISBN: 978-84-15997-18-4 © de esta edición: Barcelona Digital Editions, S.L. Av. Marqués de l’Argentera 17, pral.

4.<http://www.laizquierdadiario.com/Segunda-Guerra-Mundial-la-caida-de-Francia>

5.https://es.m.wikipedia.org/wiki/Campo_de_concentraci%C3%B3n_de_Mauthausen-Gusen

6.<https://www.culturaydeporte.gob.es/cultura/areas/archivos/mc/centros/cida/guiasde-lectura/guia-exilio-espanol-1939-archivos-estatales/barcos-exilio.html>

7. “Aquellas Horas Que Nos Robaron” El Desafío de Gilberto Bosques, Monica Castellanos, Editorial Grijalbo, Penguin Random House, Julio 2018, ISBN: 978-607-317-116-8

8. Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México.
Volume 52, July–December 2016, Pages 108–125 Artículo original
Gilberto Bosques y la huida de republicanos españoles por Portugal,
1946–1949

9. Chacón Dulce; La Voz Dormida, 2002, Alfaguara, ISBN: 84-
204-6438-4

Eslaa Galan Juan; Los años de miedo, 2006, Editorial

10. Pérez Reverte, Arturo. Línea de Fuego; 2020 (digital),
Penguin Random House, Grupo Editorial, S.A.U., ISBN: 98-84-204-
3818-4

11. Tusquets, Esther; Habíamos Ganado la Guerra. 2007, Edit.
Bruguera, ISBN 978-84-02-42053-4

12. Ybarra (de), Javier; Vida, economía y sociedad (1744-1902),
2002, Tusquets editores, ISBN: 84-8310-842-9

13. Yúfera, Pedro L.; Herencia del Exilio, El aliento de dos
mares, 2010, Ediciones Destino S.A, ISBN: 978-607-480-147-7

MANUEL YUDOVICH BURAK



INFORMACIÓN VERIFICADA CON DOCUMENTOS DE DERECHOS DE DOMINIO PÚBLICO, Y UNA INFINIDAD DE ANÉCDOTAS VIVIDAS POR EL AUTOR, SUS MAESTROS Y AMISTADES ESPAÑOLAS, ASÍ COMO EN LAS LECTURAS SOBRE LAS ÉPOCAS PASADAS Y PRESENTES QUE PODRÍAN HABER VIVIDO LOS PERSONAJES.